

Conforme a Su promesa

Ó

**El método del Señor para tratar
Con Su pueblo elegido.**

Por: Charles Haddon Spurgeon

According to Promise

Or

**The Lord's Method of Dealing
With his Chosen People**

By: Charles Haddon Spurgeon

Traductor: Allan Román

Índice

Introducción: Se necesita una criba.....	3
1. Las dos simientes.....	5
2. Las dos vidas.....	10
3. Esperanzas divergentes.....	14
4. Persecución por causa de la promesa.....	17
5. La partida.....	21
6. ¿A quiénes pertenecen las promesas?.....	25
7. La promesa, un don inmerecido.....	28
8. La promesa de Dios es una realidad.....	31
9. El tesoro peculiar de los creyentes.....	35
10. La valoración de las promesas.....	43
11. La promesa del Señor, la regla de su otorgamiento.....	50
12. La regla sin una excepción.....	55
13. Tomar posesión de la promesa.....	62
14. Endosar la promesa.....	66
15. La promesa usada para esta vida.....	69
16. Descubriendo la promesa.....	74
17. El tiempo de la promesa.....	80
18. La posesión de las promesas por medio del Espíritu.....	84
19. Jesús y las promesas.....	87

Introducción: Se necesita una criba

Es muy importante poder distinguir entre cosas que difieren, ya que no hemos de fiarnos de las apariencias. Cosas que parecieran ser semejantes podrían resultar muy opuestas entre sí. Un escorpión podría parecerse a un huevo, y una piedra a un trozo de pan, pero distan mucho de ser iguales. Lo parecido podría ser radicalmente diferente y esto se aplica, de manera especial, a las cosas espirituales; por lo tanto, haríamos bien en estar sobre aviso.

Sería muy difícil poder decir hasta dónde podría adentrarse una persona en el terreno de la religión y, no obstante, morir en sus pecados. ¡Cuánto podría parecer alguien un heredero del cielo y ser, sin embargo, un hijo de la ira! Muchos inconversos tienen una creencia que es semejante a la fe, pero que no es la fe verdadera. Ciertas personas dan muestras de afectos piadosos que emiten el calor del amor espiritual, pero están desprovistas de la vida de la gracia.

Cualquier gracia puede ser falsificada de la misma manera que es posible falsificar una joya. Del mismo modo que una piedra preciosa, hecha de pasta, se parece muchísimo a las piedras auténticas, la gracia fingida se parece de manera extraordinaria a la obra del Espíritu de Dios.

Es preciso que el hombre esté muy atento en cuanto a los asuntos del alma, pues muy pronto podría engañar a su propio corazón. Hemos de temer que muchas personas ya están extraviadas y no se darán nunca cuenta de su engaño hasta no abrir sus ojos en aquel mundo de dolor, donde su desengaño será realmente terrible.

El niño muerto de la naturaleza puede ser lavado cuidadosamente por su madre, pero eso no lo convierte en el hijo viviente de la gracia. La vida de Dios dentro del alma crea una infinita diferencia entre quien la posee y quien no la posee, y el punto es asegurarnos de que tenemos esta vida.

¿Estás seguro de tenerlo a Él?

Sería algo lamentable ir clamando “paz, paz” donde no hay paz, y profetizar para uno mismo cosas fáciles, calmando nuestro corazón y adormeciendo la conciencia, no logrando despertar del sueño hasta que el trueno del juicio te despierte con un susto, te saque de tu engaño y te suma en un horror interminable.

Deseo ayudar a mi lector a examinarse a sí mismo. Me gustaría que fuera más allá del examen y que alcanzara abundante gracia, y que su estado, santo y feliz, se convierta en un testigo para sí mismo.

La primera parte de este librito tiene el propósito de ser como una criba que separe la paja del trigo. Ojalá que mi amigo lo use para sí mismo, y eso podría ser la mejor obra que hubiere realizado en todos los días de su vida. Aquél que examinó sus cuentas y descubrió que su negocio estaba perdiendo, se salvó de la bancarrota, y eso mismo podría sucederle a mi lector.

Si descubre, por otro lado, que su comercio celestial prospera, será un gran consuelo para él. Ningún hombre tiene nada que perder por escudriñar lo que hay en su propio corazón.

AMIGO ¡INTÉNTALO DE INMEDIATO!

1. Las dos simientes

“Está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa”. Gálatas 4: 22, 23.

Abraham tuvo dos hijos. Ismael e Isaac fueron, más allá de toda disputa, verdaderos hijos de Abraham. Pero uno de ellos heredó la bendición del pacto, y el otro fue simplemente un próspero hombre del mundo. *Miren cuán íntimamente relacionados estaban ellos dos.* Nacieron en el mismo círculo, llamaron “padre” al mismo grandioso patriarca, y moraron en el mismo campamento con él. Pero Ismael fue un extraño para el pacto, mientras que Isaac fue el heredero de la promesa. ¡Cuán poco hay en la sangre y en el nacimiento!

Un caso todavía más sorprendente que éste ocurrió poco tiempo después, porque Esaú y Jacob nacieron de la misma madre, en un mismo parto, pero está escrito: “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”. Uno fue un hombre que recibió la gracia, y el otro fue un profano. ¡Así de próximas pueden ser dos personas y, sin embargo, podrían estar separadas por una gran distancia! En verdad, no solamente estarán dos en una cama, y el uno será tomado y el otro será dejado, sino que dos vendrán al mundo en el mismo momento, y uno de ellos recibirá su herencia con Dios, y el otro venderá su primogenitura por una simple comida. Puede ser que asistamos a la misma iglesia, que seamos bautizados en la misma agua, que nos sentemos juntos a la misma mesa de la comunión, que cantemos el mismo salmo y que ofrezcamos la misma oración, pero es posible que pertenezcamos a dos razas tan opuestas como la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente.

Pablo declara que los dos hijos de Abraham son tipos de dos razas de hombres que son muy semejantes, pero que difieren sustancialmente. *Son disímiles en su origen.* Ambos fueron hijos de Abraham, pero Ismael, el hijo de Agar, fue el vástago de Abraham bajo condiciones ordinarias: nació según la carne. Isaac, el hijo de Sara, no nació por el vigor de la naturaleza, ya que su padre tenía más de cien años de edad y su madre no estaba en edad de concebir. Fue dado a sus padres por el Señor, y nació *conforme a la promesa*, por medio de la fe. Ésta es una distinción seria, y distingue al auténtico hijo de Dios de aquél que lo es solamente por profesión. *La promesa* se encuentra en la base de la distinción, y el poder que

acompaña al cumplimiento de la promesa, genera y mantiene la diferencia. De aquí que *la promesa*, que es nuestra herencia, es al mismo tiempo nuestra prueba y piedra de toque.

Hagamos uso de la prueba de inmediato, viendo si hemos sido forjados por el poder que hace cumplir la promesa. Permíteme hacerte unas cuantas preguntas: ¿Cómo fuiste convertido? ¿Fue por ti mismo, por la persuasión de los hombres, por algún estímulo carnal, o fue por la operación del Espíritu de Dios? Tú profesas haber nacido de nuevo. ¿De dónde vino ese nuevo nacimiento? ¿Vino de Dios, como consecuencia de Su propósito eterno y de Su eterna promesa, o provino de ti mismo? ¿Fue acaso tu vieja naturaleza la que intentó mejorar y se esforzó por alcanzar una forma superior? Si es así, tú eres Ismael. ¿O fue que, estando muerto espiritualmente, sin fuerza alguna para elevarte por encima de tu estado de perdición, fuiste visitado por el Espíritu de Dios, que hizo uso de Su energía divina y ocasionó que entrara en ti la vida del cielo? Entonces tú eres Isaac. Todo dependerá del comienzo de tu vida espiritual y de la fuente de la que procede esa vida. Si comenzaste en la carne, has proseguido en la carne y en la carne morirás.

¿No has leído nunca: “Lo que es nacido de la carne, carne es”? En breve la carne perecerá y de ella cosecharás corrupción. Únicamente “lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. La dicha es que el espíritu vivirá y de él cosecharás vida eterna. Sin importar si eres un profesante de la religión o no, te suplico que te preguntes: ¿*He sentido el poder del Espíritu de Dios?*

¿Es la vida que hay en ti el resultado de la fermentación de tus propios deseos naturales, o es un nuevo elemento, infundido, impartido e implantado de lo alto? ¿Es tu vida espiritual una creación celestial? ¿Has sido creado de nuevo en Cristo Jesús? ¿Has nacido de nuevo por el poder divino?

La religión ordinaria no es sino la naturaleza dorada por una fina capa de lo que se supone ser la gracia. Los pecadores se han dado brillo a sí mismos, y han suprimido lo peor de la herrumbre y de la inmundicia, y piensan que su antigua naturaleza es tan buena como si fuera nueva. Este retoque y esta reparación del hombre viejo están muy bien, pero distan mucho de lo que se necesita. Puedes lavar la cara y las manos de Ismael, pero no puedes convertirlo en Isaac. Puedes mejorar la naturaleza y cuanto más lo hagas, tanto mejor será para ciertos propósitos temporales, pero no es posible elevarla

al nivel de la gracia. Hay una distinción en su propio origen entre el arroyo que surge del cieno de la humanidad caída, y el río que procede del trono de Dios.

No olvides que fue el propio Señor quien dijo: *“Os es necesario nacer de nuevo”*. Si no has nacido de nuevo de lo alto, por mucho que vayas a la iglesia o a la capilla, no te servirá de nada. Tus oraciones y tus lágrimas, todas tus lecturas de la Biblia y todo lo demás que solamente provenga de ti, sólo puede conducirte a ti mismo de nuevo. El agua se elevará de modo natural hasta la altura de su fuente original, pero nada más, y lo que comienza con la naturaleza humana se elevará a dicha naturaleza humana, pero no podrá alcanzar la naturaleza divina. ¿Fue tu nuevo nacimiento algo natural o sobrenatural? ¿Fue el resultado de la voluntad del hombre o de Dios? Mucho dependerá de la respuesta que des a esa pregunta.

Entre el hijo de Dios y el simple profesante hay una distinción en cuanto al origen, que es de una naturaleza sumamente seria. Isaac nació *conforme a la promesa*. Ismael no fue por la promesa, sino, como es natural, por la naturaleza. Donde basta la fuerza de la naturaleza no hay promesa, mas cuando el vigor humano fracasa, entonces interviene la palabra del Señor. Dios había dicho que Abraham tendría un hijo de Sara, y Abraham lo creyó y se gozó por ello, y su hijo Isaac nació como resultado de la promesa divina, por el poder de Dios. De no haber mediado una promesa, tampoco habría nacido Isaac, y no puede haber ningún creyente verdadero, aparte de la promesa de la gracia y de la gracia de la promesa.

Benévolo lector, permíteme indagar aquí acerca de tu salvación. ¿Eres salvo por lo que has hecho? ¿Es tu religión el producto de tu propia fuerza natural? ¿Sientes que puedes hacerle frente a todo lo que esa salvación requiera? ¿Concluyes que te encuentras en una situación feliz y segura por tu excelencia natural y por tu habilidad moral? Entonces sigues el mismo camino que Ismael y no obtendrás la herencia, porque la herencia celestial no es una herencia conforme a la carne, sino conforme a la promesa.

Si dices, por otro lado: *“Mi esperanza se apoya solamente en la promesa de Dios. Él ha proclamado esa promesa en la persona de Su Hijo Jesús, para todo pecador que crea en Él, por lo tanto yo creo y confío en que el Señor cumplirá Su promesa y me bendicirá. Yo busco las bendiciones celestiales, no como resultado de mis propios esfuerzos, sino como el don del inmerecido favor de Dios. Mi esperanza está fijada únicamente en el amor libre y gratuito de*

Dios por los hombres culpables, por el cual Él ha entregado a Su Hijo Jesucristo para quitar el pecado y para traer la eterna justicia a quienes no la merecen”, entonces este es otro tipo de lenguaje del de los ismaelitas, que dicen: “Tenemos a Abraham por padre”. Tú has aprendido a hablar ahora como habla Isaac. La diferencia podría parecer una minucia para los descuidados, pero es muy grande, en verdad. Agar, la madre esclava, es una persona muy diferente de Sara, la princesa. La primera no recibió la promesa del pacto, pero a la segunda pertenece la promesa, eternamente y para siempre. La salvación por obras es una cosa; la salvación por gracia es otra. La salvación que depende de la fortaleza humana es muy diferente de la que depende del poder divino, y la salvación que es el resultado de nuestra propia determinación es totalmente lo opuesto a la salvación por la promesa de Dios.

Sométete a esta pregunta y averigua a qué familia perteneces. ¿Eres descendiente de Ismael o de Isaac?

Si descubres que eres como Isaac, nacido conforme a la promesa, recuerda que tu nombre es “Risa”, porque ésa es la interpretación del nombre hebreo: Isaac. Pon mucho interés en gozarte con un gozo indecible y lleno de gloria. Tu nuevo nacimiento es algo portentoso. Si tanto Abraham como Sara se rieron al pensar en Isaac, ciertamente tú puedes hacerlo al pensar en ti mismo. Hay momentos en los que, si me quedo solo y me pongo a pensar en la gracia de Dios para mí, que soy la más indigna de todas las criaturas, me entran ganas de llorar y de reír al mismo tiempo, de puro gozo porque el Señor me ha mirado con amor y favor. Sí, y todo hijo de Dios debe de haber sentido la obra de esa naturaleza de Isaac en su propia alma, llenando de risa su boca, porque el Señor ha hecho grandes maravillas para él.

Fíjate muy bien en la diferencia que existe entre las dos simientes desde su propio comienzo.

Ismael viene del hombre y por el hombre. Isaac viene *por la promesa de Dios*. Ismael es el hijo de la carne de Abraham. Isaac es también el hijo de Abraham, pero entonces interviene el poder de Dios, y de la debilidad de sus padres se ve con claridad que Isaac es por el Señor: un don conforme a la promesa. La verdadera fe es, sin lugar a dudas, el acto del hombre que cree; el verdadero arrepentimiento es el acto del hombre que se arrepiente; pero tanto la fe como el arrepentimiento pueden ser descritos, con corrección incuestionable, como la obra de Dios, de la misma manera que Isaac

es el hijo de Abraham y de Sara, pero es, sobre todo, el don de Dios. El Señor nuestro Dios, que nos ordena creer, también nos da la capacidad para creer. Todo lo que hacemos de manera aceptable es obra del Señor; sí, la propia voluntad para hacerlo es obra suya. No hay religión que valga nada si no es esencialmente lo que fluye del corazón del hombre, pero debe ser, al mismo tiempo, sin duda alguna, la obra del Espíritu Santo que mora en él.

¡Oh, amigo, si lo que hay en ti es algo natural, y sólo natural, no te salvará! La obra interior ha de ser sobrenatural y debe proceder de Dios o se perderá de la bendición del pacto. Una vida de gracia será tu propia vida, igual que Isaac fue verdaderamente hijo de Abraham, pero será aún más de Dios, porque la “salvación es del Señor”. Hemos de nacer *de lo alto*. Y siempre que se trate de nuestros sentimientos y acciones relacionadas con la religión, hemos de poder decir: “Señor, también hiciste en nosotros todas nuestras obras”.

2. Las dos vidas

“Ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes. Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo”. Romanos 9: 7, 8, 9.

Ismael e Isaac diferían en cuanto a su origen y, por tanto, hubo una diferencia *en su naturaleza* que fue evidente en sus vidas y se vio principalmente en su relación con *la promesa*.

Conforme al nacimiento, así será la vida que resulte del mismo. En el caso del hombre que es únicamente el producto de sí mismo, solamente habrá lo que le proporcione la naturaleza, pero en el caso del hombre que es nacido de nuevo por el Espíritu de Dios, se harán presentes unas señales. “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor”. En el hombre nacido de nuevo habrá aquello que esa nueva vida trae consigo, pero en el hombre natural no habrá nada de esa naturaleza.

Ismael exhibió algunas de las características naturales de Abraham, unidas a las de su madre que era esclava. Era un hombre de porte principesco como su padre, y había heredado la noble apariencia del patriarca, pero Isaac poseía la fe de su padre y seguía la línea de sucesión en lo que se refiere a la vida espiritual. Como el heredero de la promesa, Isaac permanece con su padre Abraham, mientras que Ismael forma en el desierto campamentos que son de factura suya. Isaac buscó la alianza con la antigua estirpe en Mesopotamia; pero la madre de Ismael le consigue una esposa en Egipto, lo cual era muy natural, ya que ella misma provenía de Egipto. De tal palo tal astilla. Isaac meditaba en los campos al atardecer, porque su conversación era con las cosas sagradas, pero Ismael disputaba con todos, porque le preocupaba lo que era terrenal. La meditación no es para el hombre fiero, cuya mano se alza contra todos y la mano de todos contra él. Isaac se entregó a sí mismo como sacrificio a Dios, pero nada por el estilo se desprende de la vida de Ismael, ya que la abnegación era algo que no iba con él; Ismael más que una oveja, es

un asesino y un homicida que se presenta a sí mismo delante de Dios. De modo que si tú te encuentras con que has recibido una instrucción religiosa y te has convertido en un hombre “piadoso”, como dicen por ahí, pero no has sido renovado en el corazón, ni has sido visitado por el Espíritu Santo, no vivirás la vida secreta de un hijo de Dios. Podrías mostrar muchas de las señas externas de un cristiano; podrías ser capaz de cantar y orar, y de citar la Escritura y hasta es posible que pudieras relatar retazos de alguna experiencia imaginaria, pero has de nacer de nuevo para poder conocer, por experiencia propia, la verdad de la comunión de los santos, que es una comunión en secreto con el Dios vivo, y la entrega de ti mismo a Él como tu culto racional. Quien es hijo de la promesa se mantiene unido al pueblo de Dios y considera un privilegio ser contado como uno más de ellos. El hijo de la promesa siente que la mejor compañía que tiene es la que nadie ve, es decir, cuando el Grandioso Invisible se acerca y tiene comunión con él. El hijo de la promesa, y solamente él, es capaz de ascender a la cumbre del monte Moriah para ser atado sobre el altar y entregarse a Dios. Con esto último quiero decir que solamente el que es nacido del Espíritu puede entregarse por completo a Dios y amar al Señor más que a su propia vida. Tu naturaleza y tu conducta serán según tu origen y, por ese motivo, yo ruego que empieces correctamente, de tal forma que cuando profeses ser un hijo del reino, demuestres ser un legítimo heredero.

Ismael, que nació según la carne, siendo hijo de la esclava, debe llevar siempre la mácula servil. El hijo de un esclavo no nace libre. Ismael no es y no puede ser lo que era Isaac: el hijo de la mujer libre. Pero fíjense bien que no afirmo que Ismael deseara jamás ser como Isaac; no digo que se considerase un perdedor por ser diferente a Isaac; pero, en verdad, lo era. El hombre que se esfuerza por conseguir la autosalvación mediante sus propias obras, sentimientos, y por negarse a sí mismo, puede ser un altivo ignorante de su estado servil. Hasta es posible que presuma de haber nacido libre y de no haber sido nunca esclavo de nadie y, sin embargo, pasa su vida entera en la esclavitud. Nunca llega a conocer lo que significa la libertad, lo que significa el contentamiento, lo que significa el deleite en Dios. Se asombra cuando los hombres hablan de la “plena certidumbre de fe”. Juzga que tienen que ser presuntuosos. *Él* apenas si tiene tiempo de respirar entre los chasquidos del látigo. Ha hecho tanto, pero aún le queda mucho más por hacer; ha sufrido muchísimo, pero le queda mucho más por sufrir. No ha llegado nunca “al reposo que queda para el pueblo de Dios” pues nació de la esclava, y su espíritu está siempre en la esclavitud. Por otro lado, el que es nacido de la libre y comprende

que la salvación es por la gracia de Dios de principio a fin, y que siempre que Dios otorga Su gracia, no la quita, porque “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”, ese hombre que acepta la obra terminada de Cristo, y que conoce su aceptación en el Amado, reposa en el Señor, y se regocija en grado sumo. Su vida y su espíritu están llenos de gozo y paz, porque ha nacido libre y es libre, sí, en verdad libre.

¿Comprende mi lector lo que significa la libertad del hijo de Dios? ¿O sigue aún en esclavitud bajo la ley, temeroso del castigo, asustado ante la idea de ser enviado al desierto? Si te sucede esto último, no has recibido *la promesa*, o, de lo contrario sabrías que no puede suceder nada semejante. La herencia le pertenece a Isaac, el hijo de *la promesa*, y él permanece para siempre, sin temor de que nadie le eche fuera.

Quienes han nacido del mismo modo que nació Ismael, conforme a la carne, y cuya religión depende de su propia fuerza y poder, se preocupan de las cosas terrenales, como lo hizo Ismael. Solamente aquellos que son nacidos de lo alto, *por medio de la promesa*, conforme a la fe, se preocuparán, como lo hizo Isaac, por las cosas espirituales. Veán cuán naturalmente el hombre religioso se ocupa en las cosas terrenales. Él está presente regularmente en su lugar de adoración, pero mientras está allí se pone a pensar en sus negocios, en su casa o en su granja. ¿Acaso disfruta la comunión con Dios? ¡De ningún modo! Se predica un sermón. ¿Recibe con mansedumbre la palabra injertada que es capaz de salvar su alma? ¡Claro que no! La critica como si se tratara de una arenga política. Da su dinero a la causa de Dios como lo hacen otros. Claro que lo hace porque siente que tiene que acallar a su conciencia y mantener su buena reputación, pero ¿se interesa por la gloria de Dios? ¡De ningún modo! Si se interesara, daría algo más que dinero. Las oraciones de su corazón se elevarían pidiendo el progreso del reino. ¿Acaso suspira y llora por causa de los pecados de los tiempos? ¿Se le encuentra a solas con Dios derramando ante Él su corazón, angustiado porque incluso en su propia familia hay miembros que no han sido convertidos a Dios? ¿Ves alguna vez en esa persona un excelso y santo gozo cuando los pecadores son convertidos, o una exultación porque el reino de Dios está llegando? Oh no, él nunca se eleva a eso. Todo el servicio de Dios es algo externo para él. No se ha adentrado nunca en la esencia ni en el corazón de las cosas espirituales, ni le es posible hacerlo. La mente carnal, incluso cuando es religiosa, está en enemistad contra Dios y no ha sido reconciliada con Dios, ni puede serlo. Es preciso que en el hombre sea creada una

nueva mente, tiene que volverse una nueva criatura en Cristo Jesús, antes de que alcance a apreciar, a comprender y a gozar las cosas espirituales.

Volvamos al punto de partida: “Os es necesario nacer de nuevo”. Es preciso nacer del Espíritu, tenemos que recibir una vida sobrenatural siendo revividos de nuestra muerte en el pecado. No podremos producir el fruto del Espíritu mientras no tengamos la vida interior del Espíritu. Ismael será Ismael, e Isaac será Isaac. Según sea el hombre, así será su conducta. El hombre de visión, y de razón y de poder humano, hará lo mejor que pueda, como lo hizo Ismael, pero solamente el hijo de la promesa se elevará a la vida y al camino de fe, como lo hizo Isaac.

“Palabras difíciles”, dirá alguien. A veces es una gran bendición tener que afrontar esas palabras difíciles que son presentadas muy claramente. Por este medio estaremos en el camino correcto hacia la eternidad. Alguien le dijo el otro día a un amigo mío: “Una vez fui a escuchar al señor Spurgeon, y cuando entré en el Tabernáculo, si alguien me hubiera preguntado sobre mí, yo habría considerado ser el hombre más religioso que jamás hubiere vivido en Newington y, un hombre tan bueno, ciertamente, como el mejor que hubiere formado parte de una congregación; pero todo eso fue revertido al escuchar el Evangelio aquel día. Salí sintiéndome completamente desplumado, sintiéndome como el más vil de los pecadores sobre la faz de la tierra, y me dije a mí mismo que nunca más volvería a escuchar a Spurgeon, porque me había despojado”.

“Sí” –añadió- “pero eso fue lo mejor que pudo haberme sucedido, porque me obligó a dejar de mirarme a mí mismo y a todo lo que yo era capaz de hacer y a mirar a Dios y a Su gracia omnipotente, y a comprender que me era necesario pasar de nuevo bajo la mano del Creador, o nunca podría ver Su rostro con gozo”.

Espero que mi lector conozca hoy esta verdad por sí mismo, porque es una verdad solemne. De la misma manera que Dios hizo primeramente a Adán, es necesario que nos vuelva a hacer de nuevo, o, de lo contrario, no podremos nunca tener Su imagen, ni contemplar Su gloria. Tenemos que estar bajo la influencia de *la promesa* y vivir dependiendo de ella, o nuestras vidas no serán guiadas nunca por los principios debidos, ni dirigidas a los propósitos correctos.

3. Esperanzas Divergentes

“Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera; doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene”. Génesis 17: 20, 21.

No es algo asombroso que Ismael e Isaac, dos personas tan diferentes tanto en su nacimiento como en su naturaleza, se volviesen muy diferentes en *sus esperanzas*. Para Isaac, la promesa se convirtió en la estrella polar de su vida, pero Ismael no se levantó a una luz semejante. Ismael apuntaba a grandes cosas, pues era el hijo natural de uno de los hombres más importantes, pero Isaac buscaba cosas que eran incluso más excelsas, porque era el hijo de la promesa y el heredero del pacto de gracia que el Señor había establecido con Abraham.

Ismael, con su encumbrado y osado espíritu, buscaba fundar una nación que no fuese sojuzgada jamás, una raza indomable como el asno montés del desierto, y su deseo le ha sido ampliamente concedido: los beduinos árabes de nuestros días son copias fidedignas de su gran antepasado. Ismael consiguió, en la vida y en la muerte, ver realizadas las estrechas esperanzas terrenales que había buscado, pero su nombre no ha quedado registrado en el libro de aquellos que vieron el día de Cristo y que murieron en la esperanza de gloria. Isaac, por otro lado, vio hacia el futuro lejano hasta el día de Cristo. Esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo Arquitecto y Constructor es Dios.

Ismael, igual que ‘Pasión’ en el libro *El progreso del peregrino*, tenía sus mejores cosas aquí en la tierra, pero Isaac, igual que ‘Paciencia’, confiaba que sus mejores cosas vendrían en el futuro. Sus tesoros no estaban ni en la tienda de campaña ni en el campo, sino en la “cosas que aún no se veían”. Había recibido la grandiosa promesa del pacto, y allí supo encontrar mayores riquezas que las que los rebaños de Nebaiot podrían proporcionarle. En sus ojos había resplandecido el lucero del alba de la promesa, y esperaba un mediodía de bendición en el cumplimiento del tiempo señalado. La promesa actuaba de tal modo en él que dirigía el curso de sus pensamientos y de sus expectativas. ¿Te sucede lo mismo, apreciado lector? ¿Has recibido tú y has abrazado la promesa de la vida eterna? ¿Esperas tú, por tanto, cosas que aún no se ven? ¿Tienes la capacidad de ver aquello

que nadie puede contemplar excepto los creyentes en la fidelidad de Dios? ¿Has dejado el surco de la presente percepción sensual para seguir el camino de la fe en lo invisible y eterno?

Sin duda, la recepción de la promesa y el gozo de sus esperanzas influyeron en la mente y en el ánimo de Isaac, de modo que tenía un espíritu apacible. Para él no había ni guerras ni luchas. Renunció al presente y esperó el futuro. Isaac sentía que por haber nacido conforme a la promesa, Dios le bendeciría y cumpliría la promesa que había hecho respecto a él; y, así, permaneció con Abraham y se mantuvo alejado del mundo exterior. Confió tranquilamente en la bendición de Dios y la esperó pacientemente. Tenía puesta la mirada en el futuro, en aquella nación que había de venir, en la tierra prometida, y en la todavía más gloriosa simiente prometida, en Quien todas las naciones de la tierra serían benditas. Por todo esto miraba únicamente a Dios, juzgando sabiamente que el que había hecho la promesa, se aseguraría personalmente de su cumplimiento. No dejó de ser menos activo por causa de esta fe; sin embargo, no manifestó nada de la confianza en sí mismo que era tan evidente en Ismael. Era activo a su manera y poseía una tranquila confianza en Dios y una apacible sumisión a Su suprema voluntad. Año tras año se sostuvo en la vida separada, y arrostró desarmado los peligros que provenían de sus vecinos paganos, peligros que Ismael confrontó con su espada y con su arco. Su confianza estaba depositada en aquella voz que dijo: “No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas”. Era un hombre de paz, pero vivía tan seguro como su belicoso hermano. Su fe en la promesa le daba la esperanza de la seguridad, sí, le daba la seguridad misma, aunque el cananeo estaba entonces en la tierra.

Así es como *la promesa* opera en nuestra vida presente, creando en nosotros una elevación de espíritu, una vida por encima del entorno visible, una calma y una celestial disposición de ánimo. Isaac encuentra su arco y su espada en su Dios; Jehová es su escudo y su galardón sobremanera grande. Sin tener ni un solo palmo de terreno que pudiera llamar suyo, habitando como un residente temporal y un forastero en la tierra que Dios le había dado mediante la promesa, Isaac estaba satisfecho con poder vivir confiado en la promesa y considerarse rico en dichas venideras. Su espíritu, notablemente tranquilo y ecuánime, al tiempo que llevaba la extraña vida extraterrena de uno de los grandes padres peregrinos, brotaba de su fe simple en la promesa del Dios inmutable. La esperanza, encendida por una promesa divina, afecta a toda la vida del hombre en sus pensamientos más íntimos, en su forma de ser y en sus

sentimientos; ésto podría parecer de menor importancia que el comportamiento moral correcto, pero es en verdad de suma importancia, no solamente en sí misma, sino por la influencia que ejerce sobre la mente, el corazón y la vida. La esperanza secreta del hombre es una prueba más auténtica de su condición delante de Dios, que los actos de cualquier día o, incluso, que las devociones públicas de un año. Isaac continúa con su vida santa y apacible hasta que envejece y se queda ciego y muellemente se queda dormido confiando en su Dios, que se había revelado a él y que le había llamado para que fuese Su amigo, diciéndole: “Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo y te bendeciré; en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”.

El hombre es lo que son sus esperanzas. Si su esperanza descansa en la promesa de Dios, le va bien, y le tiene que ir bien.

Lector: ¿cuáles son *tus* esperanzas? “Vamos”, -dice alguien- “estoy esperando que se muera un familiar y entonces seré rico. Tengo grandes expectativas”. Otro deposita su confianza en su negocio en creciente desarrollo, y un tercero tiene grandes esperanzas depositadas en una especulación prometedora. Las esperanzas que pueden cumplirse en un mundo pasajero son puras burlas. Las esperanzas que no tienen una perspectiva más allá de la tumba, son ventanas opacas para que un alma mire a través de ellas. Bienaventurado el que cree en la promesa, y tiene la seguridad de que se cumplirá en el momento establecido, y deja todo lo demás en las manos de la sabiduría y del amor infinitos. Tal esperanza soportará las pruebas, vencerá las tentaciones y gozará el cielo en la tierra.

Nuestras esperanzas comenzaron cuando Cristo murió en la cruz; cuando resucitó fueron confirmadas, y cuando subió a lo alto comenzaron a ser cumplidas, y cuando Él venga una segunda vez serán una realidad. Mientras estemos en este mundo nos corresponde ser peregrinos, y nuestra mesa estará puesta en presencia de los enemigos, pero en el mundo venidero poseeremos la tierra que fluye leche y miel, una tierra de paz y de gozo, donde no se pondrá ya más el sol, ni la luna se ocultará. Hasta entonces esperamos y nuestra esperanza está basada en *la promesa*.

4. Persecución por causa de la promesa

“Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora”. (Gálatas 4: 28, 29).

Cuando unos hermanos difieren tan grandemente como Ismael e Isaac diferían, no es sorprendente que se enemisten y que alberguen crueles sentimientos. Ismael era mayor que Isaac y cuando llegó el momento de detestar a Isaac, Sara, su madre, vio al hijo de la esclava burlándose de su hijo, pues ya a esa temprana edad comenzó a manifestarse la diferencia de nacimiento y su condición. Esto puede servirnos como una indicación de lo que podemos esperar si poseemos una vida dada por Dios y somos herederos conforme a la promesa. Quienes están bajo la esclavitud de la ley no pueden amar a los que son nacidos a la libertad por el Evangelio y no tardan en manifestar su enemistad de una manera u otra.

No estamos pensando en la hostilidad entre el mundo malvado y la iglesia, sino en aquélla que existe entre hombres que siguen una religión meramente natural y aquellos que son nacidos de Dios. No hablamos acerca de los filisteos oponiéndose a Isaac, sino de su hermano Ismael que se burlaba de él. La oposición más encarnizada en contra de los que han nacido de lo alto y adoran a Dios en espíritu y en verdad, proviene de los que son religiosos externamente. Muchos valiosos hijos de Dios han sufrido amargamente por el odio cruel de aquellos que profesaban ser sus hermanos.

Probablemente el motivo de Ismael era *la envidia*. No podía soportar que el pequeño tuviese preeminencia sobre él. Parecía decir: “Éste es el heredero; por eso lo odio”. Es muy posible que se burlara de Isaac por ser *el heredero* y que presumiera de tener el mismo derecho para con las propiedades que tenía el hijo de la promesa. Del mismo modo, los profesantes envidian la condición de los creyentes y se consideran tan buenos como los mejores de aquellos que esperan ser salvados por la gracia de Dios. Ellos mismos no desean la gracia de Dios y, no obstante, como el perro del hortelano, no pueden soportar que otros la posean. Envidian la esperanza de los santos, su paz mental y su disfrute del favor de Dios. Si alguno de ustedes descubre que esto sucede, no ha de sorprenderse en lo más mínimo.

La envidia de Ismael se hizo más visible durante el gran banquete que se había organizado para celebrar el destete de su hermano; y de la misma manera, los formalistas, como el hermano mayor en la parábola, se sienten más provocados cuando hay mayor ocasión de deleitarse en relación con el hijo amado por el Padre. La música y la danza de la verdadera familia son hiel y ajeno para los altivos profesantes de baja estirpe. Cuando la absoluta seguridad es destetada de la duda y el deleite santo es destetado del mundo, los fanáticos religiosos se ríen burlescamente y llaman locos a los piadosos, o fanáticos, o murmuran con hosco sarcasmo: “¡Pobres necios! Déjenlos solos. Son una banda de engañados”. Las personas que son religiosas pero que no han sido realmente regeneradas, que se esfuerzan y esperan conseguir la salvación por sus propios méritos, normalmente muestran un odio acerbo contra aquéllos que han nacido por la promesa.

A veces se burlan de su *debilidad*. Quizá Ismael llamase a Isaac un simple bebé, al que acababan de destetar. Los creyentes son también débiles y pueden suscitar muy fácilmente las burlas de aquellos que se consideran de mente resuelta. Isaac no podía negar que era débil, como tampoco los creyentes pueden negar sus faltas, y están sujetos a debilidades que pueden colocarlos bajo una justa censura, pero el mundo va más allá de lo que es justo, y se burla de los santos por debilidades que en otras personas serían pasadas por alto. No debemos considerar extraño que nuestra insignificancia y nuestra imperfección atraigan las burlas de los altivos fariseos que tienen justicia propia y que se mofan de nosotros y de nuestro Evangelio.

Con frecuencia las burlas surgen por causa de las *pretensiones* del creyente. A Isaac le llamaban “el heredero” y eso era algo que Ismael no podía soportar. “Miren”, -dice el legalista- “no hace mucho que aquel hombre era un reconocido pecador, pero ahora dice que cree en Jesucristo y, por tanto, declara saber que es salvo y que ha sido aceptado y que está seguro del cielo. ¿Han oído jamás de semejante presunción?” El que abraza sus cadenas odia la presencia de un hombre libre. El que rechaza la misericordia de Dios, porque confía altivamente en sus propios méritos, se enoja con el hombre que se goza en ser salvado por la gracia.

Tal vez el pequeño Isaac, el hijo de esos padres tan viejos, le pareciese extraño y raro al muchacho que era medio egipcio. Ninguna persona resulta tan extraña para los demás como el hombre que ha nacido de lo alto. Vivir por fe en la promesa de Dios debería

parecer la cosa más apropiada y natural del mundo, pero no se considera así. Por el contrario, el resto de los hombres cataloga como seres extraños a los que creen en Dios y actúan conforme a su fe. Los míseros muchachos de la calle lanzan improperios contra los extraños, y los hombres del mundo todavía se burlan de los verdaderos creyentes, por causa de su conducta y de su alejamiento del mundo. Para nosotros esto es un testimonio para bien, porque el Señor dijo: “Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”.

De mil maneras, muchas de ellas tan mezquinas que no vale la pena mencionar, el creyente puede verse obligado a “experimentar vituperios” y tiene que estar preparado para afrontarlos. Después de todo, hoy en día es cosa de poca importancia verse perseguidos, porque los fuegos de Smithfield están apagados, la torre de los ‘Lolardos’ no contiene prisioneros y no queda ningún instrumento de tortura. ¡Ánimo, buen hermano! Aunque se burlaran de ti no te romperían ningún hueso, y si eres lo suficientemente valiente como para despreciar los desdenes, podrás dormir sin que nadie interrumpa tu sueño.

El hecho de que Ismael se burlara de Isaac es solamente una entre diez mil pruebas de la enemistad que existe entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente. La mezcla de ambas en el hogar de Abraham se produjo por el hecho de que fue a Egipto y actuó delante del faraón de una manera incrédula. Entonces le fue entregada la esclava a Sara y el elemento maligno se introdujo en el campamento. Sara, en una mala hora, dio la esclava a su esposo, y de allí brotaron diez mil lágrimas. Ninguna asociación de los no regenerados con la Iglesia de Dios cambiará en nada su naturaleza, y un Ismael en el campamento de Abraham es todavía Ismael. Hoy los más encarnizados enemigos de la verdad de Dios son los extraños a nuestra comunión. Éstos son los que hacen que los creyentes en la enseñanza evangélica más sólida parezcan extraños en las iglesias que se fundaron teniendo como base las doctrinas de la Escritura. Nos convierten en forasteros en nuestra propia tierra. Son indulgentes con toda clase de herejías, pero luego se burlan de los que creen en la doctrina de la gracia, tildándolos de anticuados y de fanáticos, como si fueran mortales retrasados que debieran buscarse con todo cuidado una tumba y enterrarse a sí mismos. Pero con todo y eso, el hombre que confía en su Dios y cree en Su pacto, podrá sobrevivir a todas las burlas, porque considera el vituperio de Cristo como una mayor riqueza que todos los tesoros de los egipcios. De

ningún modo es vergonzoso confiar en Dios; por el contrario, es algo honroso para los hombres nobles confiar en Él, que es fiel y veraz, y si por ello tienen que sufrir, lo harán con gozo. Cíñete, pues, con un valor santo, tú que estás aprendiendo, por medio de la gracia, a vivir descansando por la fe en *la promesa* de Dios. ¿Acaso Aquel que es la grandiosa Cabeza de la familia no fue despreciado y rechazado por los hombres? ¿Acaso el resto de la hermandad no ha de ser conformado al primogénito? Si somos copartícipes de los sufrimientos de Cristo, seremos también partícipes de Su gloria; por lo tanto, formemos parte y porción del Crucificado, el heredero de todas las cosas.

5. La partida

“Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre”. Gálatas 4: 30.

Isaac e Ismael vivieron juntos durante un tiempo. El fariseo y el creyente en la promesa pueden ser miembros de la misma iglesia durante años, pero no están de acuerdo, y no pueden ser felices juntos, porque sus principios son esencialmente opuestos. Conforme el creyente crece en la gracia y llega a su madurez espiritual, será más y más desagradable para el legalista, y a la postre se verá que no existe comunión entre ellos. Tienen que separarse, y ésta es la palabra que habrá de cumplirse para los ismaelitas: “Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo”. Por dolorosa que resulte la partida, será conforme a la voluntad divina y según las necesidades del caso. El aceite y el agua no se mezclan, y tampoco pueden mezclarse la religión del hombre natural con lo que es nacido de *la promesa* y sustentado por la promesa. Su separación será únicamente el resultado externo de una seria diferencia que siempre existió.

Ismael fue echado fuera, pero él pronto cesó de lamentarlo, pues encontró una mayor libertad con las tribus salvajes del país, entre quienes no tardó en destacarse como un hombre notable. Prosperó mucho y se convirtió en padre de príncipes. Se encontraba en su propia esfera en el ancho mundo; allí disfrutó de honra y alcanzó renombre entre sus grandes hombres. Sucede con frecuencia que el hombre carnalmente religioso cuenta con excelentes hábitos y maneras y teniendo un deseo de brillar, se introduce en la sociedad donde es apreciado y se vuelve notable. No hay duda de que el mundo ama a lo suyo. El aspirante a fariseo acaba normalmente por abandonar a sus primeros amigos y declara abiertamente: “He renunciado al añejo estilo de la religión. Los santos eran tolerables cuando yo era pobre, pero ahora, que he amasado una fortuna, creo que debo moverme en un círculo más exclusivo de personas”. Así lo hace y obtiene su recompensa. Ismael tuvo su porción en esta vida y no expresó jamás el deseo de participar en el pacto celestial ni en sus misteriosas bendiciones. Si mi lector se sintiera más libre y más a gusto en la sociedad, que en la iglesia de Dios, ha de saber con certeza que pertenece al mundo y no ha de engañarse a sí mismo. Como es su corazón, así es él. Ninguna medida de trabajo de fuerza

puede convertir a Ismael en Isaac o a un mundano en un heredero del cielo.

Externamente, y en esta vida presente, el heredero de la promesa no parecía tener la mejor parte. Esto tampoco es algo que debamos esperar, porque aquellos que escogen su herencia en el futuro, de hecho, han aceptado la tribulación en el presente.

Isaac experimentó ciertas aflicciones que Ismael nunca conoció: se burlaron de él y por fin fue colocado sobre el altar, pero nada parecido a eso le sucedió a Ismael. Ustedes, que como Isaac, son hijos de la promesa, no han de envidiar a aquellos que son herederos de esta vida presente, aunque su porción parezca más fácil que la suya. Tú te sientes tentado a envidiarlos, como le sucedió al salmista cuando se sintió afligido por causa de la prosperidad de los malvados. Hay en este agobio una cierta medida de querer huir de nuestra escogencia espiritual. ¿Acaso no hemos aceptado recibir nuestra parte en el futuro, en vez de hacerlo en el presente? ¿Lamentamos el acuerdo? Es más, ¡cuán absurdo es envidiar a quienes no merecen sino lástima! Perder la promesa es perderlo prácticamente todo. Y los justos con justicia propia lo han perdido. Estos profesantes mundanos no tienen luz ni vida espiritual y no desean eso. ¡Qué pérdida es estar en tinieblas y no saberlo! Tienen suficiente religión para hacerse respetables entre los hombres y para sentirse cómodos en sus propias conciencias, pero ésa es una triste ganancia si son abominables a los ojos de Dios. No sienten combates interiores ni luchas; no experimentan la contención del viejo hombre contra el nuevo, y así pasan por la vida con un aire festivo, sin saber nada hasta que llega su fin. ¡Qué desgracia es ser tan embrutecido! De nuevo digo que no los envidien. Mucho mejor es la vida de Isaac, con su sacrificio, que la de Ismael, con su soberanía y su indómita libertad, pues toda la grandeza del hombre mundano pronto se acabará sin dejar nada tras de sí, sino aquello que habrá de hacer el mundo eterno mucho más desdichado.

Sin embargo, no se imaginen que los creyentes sean desdichados. Si en esta vida solamente esperamos, somos, en verdad, los más dignos de conmiseración, pero *la promesa* ilumina toda nuestra carrera y nos hace realmente bienaventurados. La sonrisa de Dios, contemplada por la fe, nos proporciona plenitud de gozo. Pongan la vida del creyente en la peor desventaja posible, píntenla con los colores más oscuros, retiren no solamente los consuelos sino también las cosas necesarias, e incluso entonces, estando el cristiano en su peor condición, está mejor que el mundano en su óptima

condición. Ismael se puede quedar con el mundo entero, sí, le pueden quedar tantos mundos como estrellas hay en el cielo de medianoche, pero nosotros no le envidiaremos. Nos corresponde a nosotros tomar todavía nuestra cruz y ser extranjeros y forasteros con Dios en esta tierra, como lo fueron todos nuestros padres, porque la promesa, aunque a otros pueda parecerles lejana, la disfrutamos y la abrazamos por fe, y en ella encontramos el cielo aquí abajo. Morando con Dios y con Su pueblo, consideramos que nuestra porción es mucho mejor que la de los más grandes y más honrados de los hijos de este mundo. La perspectiva de la segunda venida del Señor y de nuestra propia gloria eterna en comunión con Él, basta para llenarnos de contento mientras esperamos Su venida.

Esta diferencia en la tierra conducirá a una triste división en la muerte. El hijo de la esclava será echado fuera, en la eternidad, como lo fue en el tiempo. Ninguno de los que pretenden llegar al cielo por sus propias obras podrá entrar en él, ni tampoco los que se jactan de que se lo han ganado por su propia fuerza. La gloria es reservada para los que son salvados por la gracia y nadie que confíe en sí mismo podrá entrar allí. ¡Cuán terrible será cuando los que se han esforzado por establecer su propia justicia y no han querido someterse a la justicia de Cristo, sean echados fuera! ¡Cuánto envidiarán entonces a los humildes que estuvieron dispuestos a aceptar el perdón por medio de la sangre de Jesús! ¡Cómo descubrirán su insensatez y su perversidad, al haber despreciado el don de Dios por preferir su propia justicia en vez de la justicia del Hijo de Dios!

Así como las personas que son representadas por Ismael e Isaac son separadas a la postre, así también los principios sobre los que se basan no deben ser mezclados nunca, pues no es posible establecer un acuerdo entre ellos. No podemos ser salvados en parte por nosotros mismos y en parte por la promesa de Dios. El principio y la noción de ganarse la salvación han de ser expulsados de la mente. Todo grado y forma de ellos deben ser “echados fuera”. Si somos tan necios como para poner nuestra dependencia, por una parte en la gracia y por otra parte en el mérito, estaríamos apoyando un pie sobre una roca y el otro sobre el mar, y nuestra caída será inevitable. La obra de la salvación no puede ser dividida. Toda la salvación tiene que ser por gracia o toda ella por obras, toda por Dios o toda por el hombre, pero no puede ser la mitad de uno y la mitad del otro. Abandonen el vano intento de unir dos principios que son tan adversos como el fuego y el agua. *La promesa*, y solamente la promesa, ha de ser el cimiento de nuestra esperanza y todas las

nociones legalistas deben ser descartadas drásticamente como irreconciliables con la salvación por gracia. No debemos comenzar en el espíritu y esperar ser hechos perfectos en la carne. Nuestra religión debe ser de una sola pieza. Sembrar con mezcla de semillas o vestir ropa de lana y lino juntamente era prohibido para el antiguo pueblo de Dios, y para nosotros es ilegal mezclar misericordia y mérito, gracia y deuda. Siempre que intervenga la noción de salvación por mérito, o por sentimientos o ceremonias, debemos echarla fuera sin dilación, aunque sea tan preciada para nosotros como Ismael era preciada para Abraham. La fe no es vista; el espíritu no es carne; la gracia no es mérito; y no debemos olvidar nunca la distinción, a fin de que no caigamos en un terrible error y no alcancemos la herencia que pertenece únicamente a los herederos que son conforme a la promesa.

He aquí nuestra confesión de fe:

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”. Gálatas 2: 16.

Aquí tenemos además una clara línea que distingue el método de nuestra salvación y nosotros deseamos mantenerla clara y manifiesta:

“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra”. Romanos 11: 5, 6.

Lector, ¿ves esto?

6. ¿A quiénes pertenecen las promesas?

El Señor es siempre justo y bueno para con sus criaturas: es Su naturaleza ser así. Pero no había ninguna necesidad, ni en Su justicia ni en Su bondad, de hacer promesas de gracia a aquellos que se habían rebelado contra Él. El hombre ha perdido la posesión de cualquier derecho ante su Hacedor que hubiese creído tener, pues ha quebrantado la pura y santa ley que estaba obligado a obedecer. Nada se le debe al hombre salvo la recompensa por sus pecados. Si Dios tratara ahora al hombre sobre la base de una estricta justicia, tendría que condenarle y castigarle. Cualquier cosa que se haga a manera de favor a una criatura culpable tiene que proceder únicamente de la misericordia inmerecida y de la soberana benevolencia de Dios: tiene que brotar espontáneamente, de la buena voluntad y de la complacencia del Altísimo. *Las promesas* de la gracia fluyen del amor ilimitado de Dios, y de ese amor únicamente. No habrían podido proceder de ninguna otra fuente. Ningún miembro de la raza del hombre tiene ningún derecho natural a las promesas de bendición, ni el mundo entero de los hombres las merece. Dios ha hecho promesas a los hombres por Su propio libre albedrío y agrado, y por ningún otro motivo excepto ese amor que yace dentro de Él.

Él ha decidido hacer las promesas a personas elegidas, quienes en el proceso del tiempo son descubiertas por su ejercicio de la fe en Él. Aquellos a quienes Dios ha escogido, son guiados por el Espíritu Santo a elegir a Dios y Su camino de salvación por la fe en Cristo Jesús. Aquéllos de los elegidos que llegan a los años de tomar una libre decisión, son guiados a la fe en Jesús y todos los que tienen fe en Él, pueden concluir más allá de toda duda, que pertenecen al número de los escogidos a quienes son dadas las promesas. Para quienes viven y mueren en la incredulidad, no hay ninguna promesa absoluta ni personal de Dios: no están bajo la gracia sino bajo la ley, y a ellos les pertenecen las amenazas, mas no así las promesas. Esas personas prefieren otro método de trato que no es el de la promesa de gracia, y a la postre perecen como resultado de su insensata preferencia. Los elegidos del Señor son guiados a abandonar el altivo camino del yo y del mérito: toman el camino de la fe, y así encuentran descanso para sus almas. Creer en la palabra de Dios y confiar en Aquel que Dios ha enviado para ser nuestro Salvador, podría parecer algo insignificante, pero ciertamente no es así; es la señal de la elección, el indicio de la regeneración, la marca de una

gloria verdadera. De manera que creer que Dios es veraz y confiar nuestros intereses eternos en Su promesa, revela un corazón reconciliado con Dios, un espíritu en el que está presente el germen de la perfecta santidad.

Cuando creemos en Dios tal y como es revelado en Cristo Jesús, creemos en todas *Sus promesas*. La confianza en la Persona involucra una confianza en todo lo que dice y, por ello, aceptamos todas las promesas de Dios como seguras y ciertas. No confiamos en una promesa y dudamos de otra, sino que confiamos en cada una de ellas como verdadera y la consideramos verdadera *para nosotros* en lo que se refiere a nuestra condición y circunstancias. Argumentamos a partir de afirmaciones generales que tienen una aplicación determinada. Aquel que ha dicho que salvará a quienes crean en Él, me salvará *a mí*, puesto que yo creo en Él; y cada bendición que se ha comprometido a otorgar a los creyentes, me la otorgará *a mí* como creyente. Este es un razonamiento correcto y por él justificamos la fe por medio de la cual vivimos y somos consolados. No se trata de que *yo* merezca nada, sino porque Dios me la ha prometido libremente a mí en Cristo Jesús y, sólo por eso, lo recibiré. Ésta es la razón y el cimiento de nuestra esperanza.

Uno se pregunta a primera vista por qué no todos los hombres creen en Dios. Parecería como si esta marca de elección divina estaría universalmente presente, pues Dios no puede mentir y no hay motivo para sospechar que pueda cambiar o dejar de cumplir Su palabra. Pero el corazón del hombre es tan falso que duda de su Hacedor. Odia a su Dios y por tanto no cree en Él. La señal más segura de la enemistad natural del hombre en contra de Dios es que se atreva a acusar de falsedad a Uno que es la verdad misma. “El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (1 Juan 5: 10).

La confianza real y práctica en el Dios vivo, por fácil que parezca, es una virtud que no fue practicada jamás por un corazón que no ha sido regenerado. La gloriosa expiación realizada por el Hijo de Dios encarnado es digna de la confianza de toda la humanidad. Nos hubiésemos imaginado que todo pecador se habría lavado en esta fuente limpiadora y que, sin dudar, habría creído en el divino Redentor, pero está lejos de ser así. Los hombres no quieren venir a Cristo para tener vida. Prefieren confiar en cualquier cosa antes que en el sacrificio de Jesús. Mientras el Espíritu Santo no obre un milagro en un hombre, no confiará en el grandioso sacrificio que Dios ha provisto y aceptado para quitar la culpa. Es por esta razón

que este asunto sencillo de fe se convierte en la característica que distingue a los escogidos del Señor. Ninguna otra marca es tan infalible: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. Los sentimientos y los hechos pueden servir como evidencias, pero la evidencia suprema del interés en la promesa de Dios es la fe en Él: “Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”. Hubo otros muchos puntos buenos en el carácter del patriarca, pero éste fue el decisivo: creyó a Dios. De hecho, esa fue la raíz de todo lo demás que es encomiable en Abraham.

Los sabios mundanos desprecian la fe y la contrastan con la acción virtuosa, pero este contraste no es justo: igual podríamos comparar una fuente con un arroyo o el sol con su propio calor. Si la verdadera fe es la madre de la santidad, que la madre gracia reciba la alabanza por causa de sus vástagos y no ha de contrastarse de otro modo. Un razonamiento tan injusto procede de una injustificable malicia. Si los hombres amaran las buenas obras tanto como pretenden hacerlo, amarían la fe que las produce.

Dios ama la fe porque le honra y también porque conduce a actos de obediencia a Él, y esa obediencia incluye el amor hacia nuestros semejantes. Hay más fe de la que el ojo puede ver. En un aspecto es la mayor de todas las buenas obras, como nuestro Señor Jesús nos enseña. Los judíos le dijeron: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?” (Juan 6: 28, 29). Estaban dispuestos a realizar obras piadosas, obras muy por encima de todas las demás aprobadas por el Señor. Jesús les contestó: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado”. Como si les estuviese diciendo que la obra más divinamente aprobada que podrían realizar, es la de creer en el Mesías. Confiar en el Señor Jesús es el clímax de la virtud. Los hombres orgullosos podrán burlarse, pero esta afirmación es verdadera. “Sin fe es imposible agradar a Dios”, pero “El que en él cree, no es condenado”. *La promesa* es hecha para quien cree en la promesa, y para él será cumplida. El que abraza la promesa es abrazado por la promesa. El que acepta a Cristo es acepto en Cristo. El que cree verdaderamente es salvado realmente.

Lector, ¿crees en tu Dios?

7. La promesa, un don innmercido

“Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas” (2 Pedro 1: 4).

Observen la palabra “*dado*”. Pedro dice: “Por medio de las cuales *nos ha dado* preciosas y grandísimas promesas”. Estamos adeudados en todo al don de Dios. Vivimos gracias a la caridad divina. Todo cuanto tenemos lo hemos recibido como un don y todo cuanto hayamos de tener ha de venir de la misma manera. “La paga del pecado es muerte, mas la *dádiva* de Dios es vida eterna”. Somos incapaces de ganar nada, pero Dios puede darnos todas las cosas. Toda la salvación ha de ser un don, un don gratuito, un don innmercido, un don espontáneo del amor divino. *La promesa* de la salvación es de la misma naturaleza.

“Más bienaventurado es dar que recibir” y el más bendito de todos, el Dios siempre bendito, se deleita en dar. Dar es parte de Su naturaleza así como brillar es la naturaleza del sol o fluir es la naturaleza un río. ¡Cuán bienaventurados somos al ser receptores! Esto es enfatizado grandemente cuando reflexionamos sobre cuán necesario es que recibamos; porque las cosas que necesitamos son tales que, si no las obtenemos, estamos perdidos ahora y perdidos para siempre. Si estamos sin Dios, estamos sin vida, sin luz, sin esperanza y sin paz. Si Dios no nos da según las riquezas de Su gracia, estamos peor que desnudos, y somos pobres y miserables; estamos completa y totalmente perdidos. No es posible que merezcamos esas dádivas tan ricas. Aun si pudiésemos merecer algo, eso tendría que llegarnos sin dinero y sin precio. Una promesa de Dios debe ser una bendición de gracia: no podemos reclamar que Dios deba prometernos Su favor y las inapreciables bendiciones que están contenidas en él.

Esto nos enseña cuál es la postura que debemos adoptar. El orgullo no es recomendable para los que dependen de otros. Quien vive de las dádivas, debe ser humilde y agradecido. Somos mendigos a la puerta de la misericordia. En la puerta hermosa del templo nos sentamos cada día a pedir limosna, no de los adoradores, sino de Aquel a quien adoran los ángeles. Pedimos siempre que pasa el Señor, y Él nos da y no nos quedamos sorprendidos por recibir de Su amor, pues Él ha prometido otorgar grandes misericordias. Él nos enseñó a decir: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”, y, por

tanto, no nos sentimos avergonzados ni temerosos por tener que pedirle todas las cosas. La nuestra es una vida de dependencia y nos deleitamos porque así sea. Es dulce tomar todas las cosas de las manos de nuestro Señor crucificado. Dichosa es la pobreza que nos conduce a ser ricos en Cristo. Nosotros no ganamos nada y, sin embargo, todo lo recibimos, siendo triplemente bendecidos al ser partícipes del don de Dios cada hora. “Por medio de las cuales nos ha *dado* preciosas y grandísimas promesas”.

Amados, esta enseñanza respecto a que *la promesa* es una dádiva pura, debería servir de gran estímulo para todos aquellos que sienten su condición perdida y reconocen que están en la quiebra espiritual. Para ellos es una palabra de buen ánimo que todo nos sea *dado* libremente por Dios. ¿Por qué no habría de darles a ellos así como a otros necesitados? Quienes nos deleitamos en Dios, hemos recibido todo como un don gratuito; ¿por qué no habrían de recibir lo mismo otras personas? Se dice: “nada hay más gratuito que una dádiva”; ¿por qué mi lector no habría de recibir lo mismo que yo? Para una persona que está dispuesta a dar, la pobreza de quien ha de recibir tiene que ser una recomendación en lugar de un obstáculo. Vengan, entonces, ustedes que no tienen mérito alguno; Cristo será su mérito. Vengan, ustedes, los que no tienen justicia; Él será su justicia. Vengan, ustedes, los que están tan llenos de pecado como un huevo está lleno de alimento, y el Señor perdonador les quitará su pecado. Vengan, ustedes que están completamente desesperados, y sean hechos ricos en Jesús. El oficio de mendigos les vendrá bien y prosperarán en él, porque veo que tienen un hambre cruel y que sus bolsillos están vacíos. Quien no puede cavar no debe avergonzarse de mendigar. Un mendigo no necesita recursos. “Los zapatos viejos y remendados”, trajes viejos que están gastados y apestosos, estas cosas forman un atuendo apropiado para un mendigo. ¿No estás vestido tú de ese modo espiritualmente? Cuanto más pobre sea un hombre miserable, más bienvenido será a la puerta de la caridad divina. Entre menos tengas que sea tuyo propio, más bienvenido serás ante Aquel que da abundantemente y sin reproche.

Vengan los necesitados, vengan y sean bienvenidos,
Glorifiquen la longanimidad inmerecida de Dios;
La verdadera fe y el verdadero arrepentimiento,
Cada gracia que nos acerca más,
Sin dinero,
Vengan a Jesucristo y compren”.

Sí, todo es una dádiva. Éste es el Evangelio que somos enviados a predicarles: “De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. “Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5: 11). Por parte de Dios todo es dar, y por parte nuestra todo es recibir. *La promesa* ya está hecha y hecha de manera gratuita: se cumplirá, y se cumplirá de manera gratuita. Dios no empieza dando gratuitamente para luego cobrar un precio. Al recibir Su gracia no hay que pagar una comisión. Él no pide ni recibe ni un solo centavo; Su amor es enteramente una dádiva. Puedes aceptar Su promesa como una dádiva: Él no se degradará a Sí mismo escuchando otros términos diferentes.

La palabra dada en el texto es una clara invitación para los más pobres de los pobres. ¡Oh, que tuvieran el valor de aprovecharla! La gran campana está resonando, resonando para que todos los que quieran venir a la colosal mesa de infinita liberalidad, puedan escucharla, y se acerquen. Gratuitamente, conforme a las riquezas de Su gracia, Dios promete salvación y vida eterna a todos los que creen en Su Hijo Jesucristo. Su promesa es firme y segura. ¿Por qué los hombres no creen en ella?

Lector, ¿qué le dices a la promesa dada tan gratuitamente a todos los creyentes? ¿Crearás en ella y vivirás?

8. La promesa de Dios es una realidad

Es sin duda algo magnífico que el Dios eterno haga promesas a Sus propias criaturas. Antes de haber empeñado Su palabra era libre de hacer lo que quisiera; pero después de hacer una promesa, Su verdad y honor le comprometen a hacer lo que ha dicho. Para Él, en verdad, esto no limita Su libertad, pues la promesa es siempre la declaración de Su soberana voluntad, Su propósito de bondad, y Él se deleita siempre en actuar conforme a Su palabra: pero es una maravillosa condescendencia para el libre espíritu del Señor establecer pactos que le atan. Y así lo ha hecho. El Señor ha establecido con los hombres un pacto de gracia, mediante el cual ha confirmado Sus promesas, no solamente empeñando Su palabra, sino prestando Su juramento: “Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”.

En ese pacto hay muchas y preciosas promesas, todas confirmadas en Cristo Jesús, y establecidas para siempre sobre el cimiento de la veracidad divina. Ésta es nuestra esperanza, tal como Pablo le escribió a Tito: “En la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos”. Dios ha prometido y sobre la fidelidad de esa promesa edificamos nuestra confianza en el tiempo y por toda la eternidad. No consideramos que sea imprudente basar la salvación de nuestra alma sobre la promesa de nuestro fiel Creador. A fin de ayudarnos a tener esa confianza, las promesas no solamente fueron pronunciadas, sino que quedaron escritas. Los hombres dicen que les gusta que sus acuerdos queden en blanco y negro, y en este caso los tenemos así. “En el rollo del libro está escrito”. El registro ha quedado en la página inspirada y como nosotros creemos en nuestras Biblias, estamos obligados a confiar en las promesas contenidas allí.

Es causa de gran debilidad para muchos que no traten *las promesas* de Dios como realidades. Si un amigo les hace una promesa, lo consideran como algo sustancial y esperan aquello que la promesa les garantiza; pero las declaraciones de Dios son vistas con frecuencia como puras palabras que tienen muy poco significado. Esto es sumamente deshonesto para el Señor y muy dañino para nosotros mismos. Puedes estar muy seguro de que el Señor no dice nunca las cosas a la ligera: “Él dijo, ¿y no hará?”. Sus compromisos

son cumplidos siempre. David dijo acerca de las promesas dadas a él: “Él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado”. Dios habla deliberadamente, en el debido orden y determinación, y podemos estar totalmente seguros de que Sus palabras son seguras y se cumplirán con la misma seguridad con que son expresadas. ¿Ha sido confundido alguien que ha puesto su confianza en el Señor? ¿Se puede encontrar un solo caso en el cual Dios haya sido falso para con Su palabra? Los siglos no pueden producir una sola prueba de que el Jehová hacedor de promesas haya incumplido aquello que ha dicho.

Nosotros admiramos la fidelidad en los hombres y no podemos imaginar que eso esté ausente del carácter de Dios y, por tanto, podemos estar totalmente seguros de que será fiel a Su palabra. Se cuenta acerca de Blücher, que cuando marchaba para ayudar a Wellington en Waterloo, sus tropas flaquearon. “No puede lograrse”, le dijeron, a lo que él contestó: “*Tiene que hacerse*”. Ésa fue su respuesta. “He prometido estar allí, *prometido*, ¿me oyen? No querrán que falte a mi palabra”. Él estaba en Waterloo para cumplir un buen propósito y nada se lo impediría, pues su promesa estaba dada. Alabamos tal fidelidad y tendríamos una pobre opinión de la persona que no mostrara fidelidad. ¿Acaso el Dios Todopoderoso dejaría de cumplir Su promesa? No, Él moverá cielos y tierra y conmoverá a todo el universo para no atrasarse en el cumplimiento de Su palabra. Pareciera decir: “Debe hacerse. Lo he prometido. Prometido, ¿me oyen?” Para que Su promesa no fallara, no perdonó a Su propio Hijo. Era preferible que muriese Su Hijo antes de que la palabra del Señor quedara sin cumplirse. Lo repito, podemos estar seguros de ello, el Señor quiere decir exactamente lo que dice y cumplirá cada sílaba. Sin embargo, nadie excepto la simiente escogida creará en Él. *Lector*, ¿crees tú?

Dios tiene que ser veraz aunque cualquier otro sea mentiroso. Si toda la verdad del mundo entero pudiera ser reunida, vendría a ser como una gota en un cubo comparada con la veracidad de Dios. La veracidad del más justo de los hombres es la vanidad misma comparada con la verdad segura de Dios. La fidelidad del más recto de los hombres es como un vapor, pero la fidelidad de Dios es como una roca. Si confiamos en hombres buenos, deberíamos confiar infinitamente más en el buen Dios. ¿Por qué parece algo singular descansar en las promesas de Dios? De alguna manera les parece a muchos un asunto místico, sentimental y de ensoñación, pero si lo consideramos con calma, es la transacción más real que pueda haber. Dios es real, todo lo demás es penumbroso. Él es una certeza,

todo lo demás es cuestionable. Él ha guardar Su palabra; eso es una necesidad absoluta; de otro modo, ¿cómo podría ser Dios? Creer a Dios debería ser un acto de la mente que no necesite ningún esfuerzo. Incluso si se pudieran sugerir dificultades, los sencillos y los puros de corazón deberían decir espontáneamente: “Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso”. Darle a Dios algo menos que una fe implícita es robarle un honor justamente debido a Su santidad inmaculada.

Nuestro deber para con Dios requiere que aceptemos Su promesa y que actuemos conforme a la misma. Todo hombre honrado tiene derecho a que se le dé crédito, y tanto más lo merece el Dios de la verdad. Deberíamos tratar a la promesa como la sustancia de lo prometido, de la misma manera que consideramos un cheque que alguien nos da o una nota escrita a mano como el pago mismo. En los negocios diarios se pasan de mano en mano, constantemente, promesas de pago, como si se tratase del dinero contante y sonante del negociante, y las promesas que Dios ha hecho deberían considerarse a la misma luz. Hemos de creer que tenemos las peticiones que le hemos presentado. Él amerita que hagamos eso y promete recompensar tal fe.

Consideremos la promesa como algo tan seguro y cierto que actuemos de conformidad a ella y la convirtamos en una figura principal en todos nuestros cálculos. El Señor promete vida eterna a los que creen en Jesús; por tanto, si creemos realmente en Jesús, hemos de concluir que tenemos vida eterna y hemos de gozarnos en ese enorme privilegio. La promesa de Dios es nuestra mejor base de seguridad; es algo mucho más seguro que los sueños y las visiones y las imaginadas revelaciones, y se puede confiar más en ella que en los sentimientos, ya sean de gozo o de aflicción. Está escrito: “El que en él cree, no es condenado”. Yo creo en Jesús: por tanto, no soy condenado. Éste es un buen razonamiento y la conclusión es cierta. Si Dios lo ha dicho, es así, más allá de toda duda. Nada puede ser más cierto que lo que es declarado por el propio Dios; nada habrá de acontecer con mayor seguridad que lo que Él ha garantizado por Su propia mano y sello.

Cuando un alma se encuentra bajo convicción, percibe *las amenazas* del Señor con una intensidad de fe que es muy notoria, ya que su amedrentada fe engendra dentro del corazón un terror sobrecogedor y un desfallecimiento. ¿Por qué no habrían de ser aceptadas *las promesas* con una convicción similar? ¿Por qué no habrían de ser aceptadas con la misma certeza? Si la conciencia acepta como verdad

que el que no cree será condenado, puede aceptar con igual seguridad que el que cree y es bautizado será salvo, porque esta última afirmación ha sido igualmente hecha por Dios, como lo fue la anterior. La tendencia de la mente despierta es pensar más en el lado oscuro de la palabra de Dios y sentir todo su impacto y, al mismo tiempo, descuidar el lado más brillante de lo escrito y dudar de ello, como si fuese demasiado bueno como para ser cierto. Pero esto es una insensatez. Toda bendición es demasiado buena como para que la recibamos si la consideramos a la luz de nuestra indignidad, pero no hay ninguna bendición que sea demasiado buena para que Dios no la pueda conceder, si la juzgamos por Su excelencia insuperable. Pero es conforme a la naturaleza de un Dios de amor dar una bendición sin límite. Si Alejandro dio como un rey, ¿acaso no dará Jehová como un Dios?

A veces hemos escuchado decir a algunas personas: “Tan cierto como la muerte”; nosotros sugerimos que es posible decir adecuadamente: “Tan cierto como la vida”. Aquellas cosas que proceden de la gracia son tan seguras como las “tremendas cosas con las que nos responderás en justicia”. “Todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Tiene que ser así porque lo ha dicho la palabra de Dios y no puede haber ningún error al respecto.

Sí, el Señor quiere decir lo que dice. Él no se burla nunca de los hombres utilizando palabras estériles y sonidos vacíos. ¿Por qué habría de engañar a Sus criaturas, pidiéndoles una confianza estéril? El Señor puede ir más allá de Su palabra, dando mucho más de lo que creemos que quiere decir, pero no puede quedarse corto nunca. Podemos interpretar Sus promesas sobre la escala más liberal. Él nunca se queda corto según la interpretación más amplia que la esperanza pueda concebir tocante a la promesa. La fe no ha superado nunca la longanimidad del Señor. Abracemos la promesa y gocémonos sabiendo que es sustancia y no simplemente una sombra. Gocémonos en ella como algo real que esperamos.

9. El tesoro peculiar de los creyentes

Las promesas de Dios son el tesoro peculiar de los creyentes: la sustancia de la herencia de la fe reside en ellas. Todas las promesas de nuestro Dios del pacto son nuestras para tenerlas y guardarlas como nuestra posesión personal. Las recibimos y las conservamos por la fe y constituyen nuestra verdadera riqueza. En el presente podemos gozar de ciertas cosas que son sumamente preciosas, pero el capital de nuestra riqueza, la parte principal de nuestro patrimonio subyace en *la promesa* de nuestro Dios. Aquello que tenemos en mano no es más que una pequeñísima parte del inconmensurable salario de gracia que recibiremos en el momento establecido.

El Señor nos da en la actualidad, por medio de Su gracia, todas las cosas que necesitamos para esta vida y para la piedad, pero Sus más selectas bendiciones son reservadas para tiempos venideros. La gracia que nos es dada día tras día, es nuestro dinero necesario para nuestros gastos de viaje en el camino al hogar, pero no es nuestro patrimonio. Las provisiones providenciales son raciones para la marcha, pero no es el postrero festín de amor. Puede ser que nos perdamos estas comidas al borde del camino, pero tenemos por destino la Cena del Cordero. Puede ser que los ladrones nos roben nuestro efectivo disponible, pero nuestro tesoro peculiar está escondido con Cristo en Dios más allá del temor de perderlo. La mano que se desangró para hacer nuestro este tesoro, lo está guardando para nosotros.

Es un gran gozo tener una plena seguridad de nuestro interés en las promesas: pero podríamos perder este gozoso sentimiento y podríamos descubrir que es difícil recuperarlo de nuevo y, sin embargo, la herencia eterna seguirá siendo verdaderamente nuestra. Es como si un hombre tuviese a mano una copia fiel de su escritura de propiedad y se deleitara grandemente al leerla hasta que, por algún infortunio, su copia le es robada o se extravía. Pero la pérdida de su escritura no es la pérdida de sus derechos. Su cómoda lectura de la escritura de propiedad es suspendida, pero su derecho a su propiedad permanece incólume. La promesa del pacto es vinculada a cada coheredero con Cristo, y no hay tal cosa como un rompimiento del vínculo. Muchos sucesos podrían lograr sacudir el sentido de seguridad del creyente, pero “la promesa es firme para toda su descendencia”. Nuestra posesión más importante no radica en el

consuelo o la confianza presentes que recibimos de la promesa, sino *la promesa* misma, y en la gloriosa herencia que nos garantiza. Nuestra herencia no se encuentra de este lado del Jordán. La ciudad de nuestra habitación no se encuentra dentro de las fronteras del presente. La vemos desde lejos, pero para su pleno disfrute esperamos que llegue aquel ilustre día cuando nuestra Cabeza del pacto se revele en Su gloria y todo Su pueblo con Él. La providencia de Dios es nuestra pensión terrenal, pero *la promesa* de Dios es nuestra herencia celestial.

¿Se les ha ocurrido preguntarse alguna vez por qué Dios trata con Sus escogidos por medio de promesas? Él podría haber dado Sus bendiciones de inmediato, sin notificarnos de Su intención. De esa manera hubiese obviado la necesidad de un pacto sobre las mismas. No había necesidad en la naturaleza de las cosas de este plan de promesas. El Señor podría habernos concedido todas las mercedes que necesitábamos, sin comprometerse a hacerlo. Dios, con Su gran fuerza de voluntad y firmeza de propósito, podría haber resuelto secretamente en Sí mismo hacer todo cuanto hace por los creyentes, sin haberles convertido en confidentes de Sus planes divinos. Ha mantenido en secreto muchos decretos desde la fundación del mundo; ¿por qué, entonces, ha revelado Sus propósitos de bendición? ¿A qué se debe que Sus tratos con Su pueblo, desde las puertas del Edén hasta el presente, han sido sobre la base de promesas expresadas públicamente?

¿Acaso no se contesta sola la pregunta? En primer lugar, *no habríamos podido ser creyentes si no hubiese existido una promesa en la cual creer*. Si el sistema de la salvación debe ser por medio de la fe, es necesario que exista una promesa sobre la cual poder ejercitar la fe. El plan de salvación por fe es seleccionado porque es el más adecuado para el principio de gracia y esto involucra que se hagan las promesas, para que la fe pueda tener al mismo tiempo alimento y fundamento. La fe sin una promesa sería como un pie sin tierra que pisar, y una fe así, si pudiera llamarse fe, sería indigna del plan de gracia. La fe ha sido escogida como el gran mandato evangélico, y la promesa se convierte en una parte esencial de la dispensación del Evangelio.

Además, es un pensamiento encantador que *nuestro Dios nos da intencionalmente promesas de cosas buenas a fin de que las disfrutemos dos veces; primero por la fe y luego por su deleite*. Él da dos veces al dar por medio de una promesa, y nosotros recibimos también dos veces al abrazar la promesa por fe. El tiempo para el

cumplimiento de muchas promesas no es algo inmediato, pero por medio de la fe cristalizamos la promesa y la vislumbre de la bendición esperada llena nuestras almas con el beneficio, mucho antes de que llegue realmente. Tenemos un ejemplo de ello a gran escala en los santos del Antiguo Testamento. La gran promesa de la simiente en quien serían benditas todas las naciones de la tierra era la base de la fe, el cimiento de la esperanza y la causa de la salvación para miles de creyentes antes de que el Hijo de Dios viniera entre los hombres. ¿No dijo nuestro Señor: “Abraham... se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó”? El gran padre de los fieles vio el día de Cristo por el telescopio de la promesa de Dios, por el ojo de la fe, y aunque Abraham no obtuvo el cumplimiento de esa promesa, sino que durmió antes de la venida del Señor, como también le sucedió a Isaac, y a Jacob y a tantos otros santos, tuvo a Cristo para confiar en Él, tuvo a Cristo para regocijarse en Él, y tuvo a Cristo para amarle y servirle. Antes que naciese en Belén o que fuese ofrecido en el Calvario, Jesús fue visto de tal modo por los fieles, que se alegraron en Él. La promesa les dio un Salvador antes de que el Salvador viniese de hecho. Lo mismo sucede con nosotros en la actualidad: por medio de la promesa entramos en posesión de cosas que no han sido vistas todavía. Por anticipación hacemos que la bendición venidera sea algo presente para nosotros. La fe borra el tiempo, aniquila la distancia y hace que las cosas futuras entren en nuestra posesión de inmediato. El Señor no ha hecho todavía que nos unamos a los aleluyas de los cielos, porque no hemos atravesado aún las puertas de perlas ni hemos caminado por las calles de oro transparente, pero la promesa de semejante felicidad ilumina la lóbreguez de nuestra aflicción y nos proporciona unos inmediatos gustos anticipados de la gloria. Nosotros triunfamos por fe, antes de que nuestras manos sostengan la palma. Reinamos con Cristo por fe, antes que las coronas inmarcesibles circunden nuestras cabezas. En muchísimas ocasiones hemos visto el amanecer del cielo mientras hemos visto la luz irrumpiendo de la promesa. Cuando la fe ha sido vigorosa, hemos ascendido adonde estuvo Moisés y contempló la tierra que fluía leche y miel, y luego, cuando ‘Ateo’ declaró que no existía la Ciudad Celestial, le hemos respondido: “¿Acaso no la contemplamos desde la Montañas Deleitables?” Hemos visto lo suficiente, gracias a la promesa, como para estar totalmente seguros de la gloria que el Señor ha preparado para los que le aman y, de ese modo, hemos obtenido nuestra primera visión de la bienaventuranza prometida, y hemos encontrado allí una prenda segura de nuestro pleno y final gozo de ella.

¿No creen que la promesa tiene también el propósito *de apartarnos constantemente de las cosas que se ven, y de llevarnos arriba y adelante hacia las cosas espirituales e invisibles?* El hombre que vive confiado en la promesa de Dios, se ha elevado a una atmósfera completamente distinta de aquella que nos oprime en estos profundos valles de la vida diaria. “Mejor es”, -dice uno- “confiar en Jehová que confiar en el hombre. Mejor es confiar en Jehová que confiar en príncipes”. Y así es, en verdad; pues es más espiritual, más noble y más inspirador. Necesitamos ser transportados por el poder divino a esa elevada confianza, pues nuestra alma se adhiere naturalmente al polvo. ¡Ay!, somos obstaculizados por nuestro idólatra deseo de ver, y de tocar y de manipular, pues confiamos en nuestros sentidos, pero no tenemos el suficiente sentido de confiar en nuestro Dios. El mismo espíritu que indujo a Israel a clamar en el desierto: “Haznos dioses que vayan delante de nosotros”, nos hace suspirar por algo tangible para carne y sangre, algo que pueda asir nuestra confianza. Tenemos hambre de pruebas, señales y evidencias, y no estamos dispuestos a aceptar la promesa divina como algo mejor y más seguro que todos los signos visibles. Así languidecemos teniendo hambre de señales y evidencias que son visibles, hasta que somos conducidos a probar cosas mejores y más seguras que son invisibles. ¡Oh, es una bendición cuando un hijo de Dios es conducido a abandonar la arena de las cosas temporales por la roca de las cosas eternas, cuando es llamado a caminar según la regla de la promesa!

Además, las promesas son para nuestros corazones una ayuda para estar plenamente conscientes del Señor mismo. El hijo de Dios, cuando cree en la promesa, siente que hay Dios y que es galardonador de los que le buscan diligentemente. Nuestra tendencia es apartarnos de un Dios real. Vivimos y nos movemos en la región del materialismo y somos propensos a ser cautivados por sus influencias. Sentimos que estos cuerpos son reales cuando experimentamos dolores en ellos, y que este mundo es real cuando nos sentimos abrumados por sus cruces, pero el cuerpo es una pobre tienda y el mundo es una simple burbuja.

Estas cosas visibles son insustanciales, pero tristemente aparentan ser sólidas: lo que necesitamos es saber que lo invisible es tan real como lo que vemos, e incluso más. Necesitamos a un Dios vivo en este mundo moribundo y debemos tenerle realmente cerca de nosotros o fracasaremos. El Señor está adiestrando a Su pueblo a percibirle: la promesa es parte de este proceso educativo.

Cuando el Señor nos da la fe y confiamos en Su promesa, somos colocados cara a cara con Él. Preguntamos: “¿Quién dio esta promesa? ¿Quién habrá de cumplirla?” Y de este modo nuestros pensamientos son llevados ante la presencia del glorioso Jehová. Sentimos cuán necesario es para el sistema íntegro de nuestra vida espiritual y cuán ciertamente se introduce en ella, de modo que en Él vivimos y nos movemos y somos. Si la promesa nos alienta, es sólo porque Dios está detrás de ella; pues las palabras de la promesa no significarían nada si no fuera porque provienen de los labios de Dios, que no puede mentir, y porque son cumplidas por esa mano que no puede fallar. La promesa es el vaticinio del propósito divino, la sombra de la bendición venidera; de hecho, es un símbolo de la cercanía de Dios para con nosotros. Dependemos enteramente de Dios para el cumplimiento de Sus compromisos, y esa es una de las razones para que trate con nosotros según el esquema de promesas. Si el Señor hubiese puesto Sus misericordias a nuestra puerta sin haber hecho la menor alusión a ellas, no nos habríamos preguntado de dónde vendrían. Si las hubiese enviado con una regularidad ininterrumpida, del mismo modo que hace que salga el sol todas las mañanas, las hubiéramos menospreciado como resultados comunes de las leyes naturales y, de ese modo, nos habríamos olvidado de Dios debido a la puntualidad de Su providencia. Sin duda alguna, nos hubiese faltado la prueba suprema, tanto del ser como de la misericordia de Dios que ahora recibimos al leer la promesa, al aceptarla por fe, al argumentarla en la oración y al verla cumplida a su tiempo.

Esa regularidad de la longanimidad divina que debería sostener y aumentar la fe, es con frecuencia el medio para debilitarla. La persona cuyo pan le llega por una anualidad gubernamental o por una renta trimestral, se siente tentada a olvidar que Dios tiene participación en el asunto. No debería ser así; pero por la dureza de nuestros corazones, tal resultado negativo se presenta frecuentemente por la constancia de esa misericordiosa providencia.

No me asombraría que aquellos israelitas que nacieron en el desierto y que habían recogido el maná cada mañana durante años, habían cesado también de asombrarse y de ver la mano de Dios en ello. ¡Qué vergonzosa estupidez! Hay muchas personas que han tenido que vivir con lo justo, y de ese modo han visto la mano de Dios en cada bocado de pan; pero esas personas han logrado finalmente prosperar en este mundo, por la bondad de Dios, y han obtenido un ingreso regular, sin preocupación ni esfuerzo, y en breve, esas mismas personas lo consideraron como el resultado natural de su

propia diligencia y ya no alabaron la misericordia del Señor. Vivir sin la presencia consciente del Señor es una situación muy terrible. ¡Providos, pero no por Dios! ¡Sostenidos, pero sin la mano de Dios! Mucho mejor sería ser pobres, o enfermos o exilados, y de esa manera ser conducidos a acercarnos a nuestro Padre celestial. A fin de evitar que nos encontremos bajo la maldición de olvidar a Dios, al Señor le ha agradado vincular Sus mejores bendiciones con Sus propias promesas y hacer que depositemos nuestra fe en ellas. Él no permitirá que Sus misericordias se conviertan en velos que oculten Su rostro de los ojos de nuestro amor, sino que las convierte en ventanas a través de las cuales nos mira. El provisor es visto en la promesa y vigilamos para ver Su mano en su cumplimiento; así somos salvados del ateísmo natural que acecha dentro del corazón del hombre.

Me parece apropiado repetir que *nos encontramos bajo el régimen de la promesa a fin de que podamos crecer en la fe. ¿Cómo podría existir la fe sin una promesa? ¿Cómo podríamos aumentar nuestra fe sin asirnos más y más a la promesa?* En la hora de la necesidad somos conducidos a recordar que Dios ha dicho: “Invócame en el día de la angustia; te libraré”. La fe cree en esta palabra y se descubre librada y, así, es fortalecida y llevada a glorificar al Señor.

A veces la fe no ve el cumplimiento de la promesa al instante, sino que tiene que esperar un tiempo. Este es un excelente ejercicio para ella y sirve para probar su sinceridad y su fuerza. Esta prueba trae seguridad al creyente y lo llena de consuelo. Al pasar el tiempo, la oración obtiene una respuesta y la bendición prometida es concedida, y la fe es coronada con la victoria y Dios es glorificado; pero, entretanto, la demora ha producido la paciencia de la esperanza y ha hecho que cada una de las misericordias duplique su valor. Las promesas proporcionan una base de adiestramiento para la fe: son como pértigas y garrochas para los ejercicios atléticos de nuestra joven fe, y por medio de su uso, se fortalece de tal manera que se abre paso en medio de una tropa o salta por encima de una pared. Cuando nuestra confianza en Dios es firme, nos reímos de la imposibilidad y clamamos: “Será hecho”; pero esto no podría suceder si no existiese una promesa infalible con la que pueda ceñirse la fe.

Esas promesas que no se han cumplido todavía son preciosas ayudas para nuestro avance en la vida espiritual. Somos alentados por promesas sumamente grandes y preciosas para aspirar a cosas mayores. La perspectiva de buenas cosas venideras nos fortalece

para aguantar y seguir adelante. Tú y yo somos niñitos que están aprendiendo a caminar y son inducidos a dar un paso después de otro cuando se les ofrece una manzana. Somos persuadidos a probar las trémulas piernas de nuestra fe por la visión de una promesa. De ese modo somos llevados a dar un paso que nos acerca más a nuestro Dios. El niño pequeñito es muy propenso a sujetarse de una silla porque le resulta difícil soltarse del todo y aventurarse sobre sus pies; pero por fin tiene el suficiente valor como para hacer un pequeño recorrido que acaba en las rodillas de su madre. Esta pequeña aventura conduce a otra, y a otra, hasta que corre solo. La manzana juega un papel decisivo en el entrenamiento del bebé, y lo mismo sucede con la promesa en la educación de la fe. Hemos recibido una promesa tras otra y ahora, así confío, podemos renunciar a gatear sobre el suelo, y aferrándonos a las cosas que se basan en la promesa, podemos entregarnos a caminar en la fe.

La promesa es un instrumento necesario en la educación de nuestras almas en todo tipo de gracias y acciones espirituales. Cuántas veces he dicho: “Señor mío, yo he recibido mucho de Ti, bendito sea Tu nombre por ello; pero todavía queda una promesa más que no he disfrutado, así que seguiré adelante hasta que obtenga su cumplimiento. El futuro es un país desconocido, pero entro en él con Tu promesa y espero encontrar en él, el mismo bien y la misericordia que me han seguido hasta ahora; sí, espero mayores cosas que éstas”.

Tampoco debo olvidarme de recordarte *que la promesa es parte de la economía de nuestra condición espiritual aquí en la tierra, porque incita a la oración. ¿Qué es la oración sino la promesa argumentada?* La promesa es, por así decirlo, la materia prima de la oración. La oración irriga los campos de la vida con las aguas que están almacenadas en los depósitos de la promesa. La promesa es el poder de la oración. Acudimos a Dios y le decimos: “Haz así como has dicho, oh Señor, aquí está Tu palabra, te rogamos ahora que la cumplas”. Así, la promesa es el arco con el que disparamos las flechas de la suplicación. En mis tiempos de aflicción a mí me gusta encontrar una promesa que se adapte exactamente a mi necesidad y luego poner mi dedo sobre ella y decir: “Señor, ésta es Tu palabra, Te suplico que demuestres que es Tu palabra, cumpliéndola en mi caso. Creo que esta es Tu propia letra y Te suplico que cumplas lo prometido conforme a mi fe”. Yo creo en la plena inspiración y espero humildemente en el Señor, para el pleno cumplimiento de cada frase que ha dejado por escrito. Me deleito en creer que el Señor es fiel a las precisas palabras que ha usado y en esperar que

haga exactamente lo que ha dicho, precisamente porque lo ha dicho. Es una gran cosa ser conducido a la oración por la necesidad, pero es mucho mejor aún, ser atraído a orar por la expectación que genera la promesa. ¿Oraríamos alguna vez si Dios no nos buscara una ocasión para que oremos y que no nos animara por medio de Sus promesas de obtener una respuesta? Como es, en el orden de la providencia, primero somos probados y luego nosotros probamos a las promesas. Somos reducidos al hambre espiritual y luego somos alimentados con la palabra que sale de la boca de Dios. Por el sistema que el Señor sigue con Sus elegidos, somos mantenidos en una constante comunión con Él, y no se nos permite olvidar a nuestro Padre celestial: con frecuencia acudimos al trono de la gracia bendiciendo a Dios por las promesas cumplidas y argumentando otras promesas en las cuales confiamos. Hacemos innumerables visitas a la morada divina porque hay una promesa que podemos argumentar y un Dios que espera impartirnos Su gracia. ¿No es éste un orden de cosas por el que debemos sentirnos agradecidos? ¿No deberíamos magnificar al Señor por no derramar sobre nosotros lluvias de bendiciones no ofrecidas, sino que agranda el valor de sus beneficios haciéndolos los sujetos de Sus promesas y los objetos de nuestra fe?

10. La valoración de las promesas

“Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas” (2 Pedro 1: 4).

Hemos meditado sobre *las promesas* como nuestro tesoro: ya es tiempo de que las inspeccionemos y calculemos el valor que tienen. Como las promesas son nuestro patrimonio, tenemos que formarnos una idea correcta de nuestra riqueza; posiblemente no sepamos plenamente cuán ricos somos. Sería lamentable que estuviéramos languideciendo en la pobreza debido a que ignoramos nuestra extensa propiedad. ¡Que el Espíritu Santo nos ayude a establecer una debida valoración de las riquezas de la gracia y de la gloria reservadas para nosotros en el pacto de la promesa!

El apóstol Pedro habla de las promesas como “preciosas y *sumamente* grandes”. Ciertamente exceden a todas las cosas con las que pudieran ser comparadas. Nadie ha prometido jamás como Dios lo ha hecho. Los reyes han prometido hasta la mitad de sus reinos, pero ¿y eso qué? Dios prometió dar a Su propio Hijo, e incluso darse a Sí mismo para Su pueblo, y lo hizo. Los príncipes ponen un límite al llegar a un punto determinado, pero el Señor no pone límites a los dones que ordena para Sus escogidos.

Las promesas de Dios no solamente sobrepasan todo precedente, sino que sobrepasan toda imitación. Incluso teniendo a Dios como ejemplo, nadie ha sido capaz de rivalizar con Él en el lenguaje de la liberalidad. Las promesas de Jehová se encuentran sobre todas las demás promesas como los cielos están sobre la tierra.

También sobrepasan todas las expectativas. Él hace a nuestro favor “mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”. Nadie podría haberse imaginado que el Señor pudiese hacer las promesas que ha hecho y que sobrepasan los sueños del idilio. Incluso las esperanzas más optimistas se quedan muy atrás y las más excelsas concepciones son superadas. La Biblia tiene que ser la verdad porque no habría podido ser inventada: las promesas que contiene son superiores en cantidad y mejores en calidad que la persona más anhelante hubiera podido buscar. Dios nos sorprende con la plenitud inigualable de Sus palabras alentadoras y nos colma de favores hasta que, como David, nos quedamos asombrados y clamamos: “¿Por qué se me concede esto a mí?”

Las promesas sobrepasan toda medida: hay un abismo de profundidad en ellas en cuanto significado, un cielo de altura en cuanto a excelencia, y un océano de anchura en cuanto a duración. Podemos decir de cada promesa: “es excelsa, no me es posible llegar a ella”. En general, las promesas exhiben la plenitud y la autosuficiencia de Dios: como Dios mismo, llenan todas las cosas. Ilimitadas en su alcance, nos rodean por todas partes, tanto si estamos despiertos como si dormimos, si salimos o retornamos. Cubren toda la vida, desde la cuna hasta la tumba. Se les puede atribuir una omnipresencia porque nos rodean en todo lugar y en todo tiempo. Son nuestra almohada cuando nos dormimos y cuando nos despertamos siguen con nosotros. “¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos!” Sobrepasando todo lo calculado y lo pensado, las admiramos y adoramos a su Dador, pero nunca podremos medirlas.

Las promesas sobrepasan incluso toda experiencia. Aquellos hombres de Dios que han conocido al Señor durante cincuenta o sesenta años, no han llegado a extraerles toda la médula a Sus promesas. A pesar de lo cual se puede decir: “la saeta está más allá de ti”. Algo mucho mejor y más profundo queda para que lo busquemos en el futuro. Quien bucea más hondo por la experiencia en las profundidades de las promesas divinas, es plenamente consciente de que existe una profundidad insondable de gracia y de amor. La promesa es más larga que la vida, más ancha que el pecado, más profunda que la tumba y más alta que las nubes. La persona que está más familiarizada con el libro de oro de las promesas sigue siendo un nuevo principiante en su estudio: los más ancianos en Israel encuentran que este volumen sobrepasa al conocimiento.

En verdad no tengo necesidad de decir que las promesas sobrepasan a toda expresión. Si me fuesen concedidas todas las lenguas humanas y angélicas, no podría decirles cuán grandes son las promesas de Dios. No solamente sobrepasan a una lengua, sino a todas las lenguas: sobrepasan a las encendidas alabanzas de todos los entusiastas que jamás se hayan expresado. Incluso los ángeles delante del trono desean mirar estas maravillas, pues aún no han podido discernir el misterio: la longitud, la anchura y la altura. En Cristo Jesús todo excede a la descripción; y las promesas en Él agotan la fuerza de todo lenguaje, ya sea humano o divino. Por tanto, me resultará vano intentar lo imposible.

Pedro dice que son “grandísimas” y él lo sabía muy bien. Proceden de un gran Dios, nos aseguran un gran amor, llegan a los grandes pecadores, obran para nosotros grandes resultados y tratan con grandes asuntos. Son tan grandes como la grandeza misma; nos traen al grandioso Dios para que sea nuestro Dios por los siglos de los siglos. La primera promesa de Dios fue aquella en la que se comprometió a darnos a Su Hijo. Estamos habituados a decir: “¡Gracias a Dios por Su don inefable!”, pero no pronunciamos esas palabras a la ligera. El hecho de que Dios diese a Su Hijo unigénito es, por encima de todo concepto, un gran acto de amor y, de hecho, la palabra “gran” pareciera ser una palabra muy pequeña para describir semejante milagro de amor. Cuando el Señor dio a Su Hijo, entregándolo libremente por nosotros, ¿entonces qué? Prometió darnos al Espíritu Santo, el Consolador, para que habitase para siempre con nosotros. ¿Podemos medir el valor de esa grandiosa promesa? El Espíritu Santo descendió en Pentecostés en cumplimiento de aquella antigua profecía. ¿No fue ese maravilloso descenso un don sumamente grande y precioso? Recordemos que el Espíritu Santo obra en nosotros todas esas gracias que nos preparan para la sociedad del cielo. ¡Gloria sea a Dios por esta visitación de gracia sin límites!

¿Qué sigue? El Señor nos ha dado la promesa de que “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”. ¿Pueden todos los santos juntos medir plenamente la grandeza de la promesa de la Segunda Venida? Esto significa una infinita felicidad para los santos. ¿Qué más ha prometido? Pues que debido a que Él vive, nosotros también viviremos. Nosotros poseeremos una inmortalidad de bienaventuranza para nuestras almas; gozaremos también de la resurrección de nuestros cuerpos; reinaremos con Cristo; seremos glorificados a Su diestra. Promesas cumplidas y otras por cumplirse, promesas para el tiempo y promesas para la eternidad, son en verdad tan grandes, que es imposible concebir que pudieran ser mayores.

**“¿Qué más podría decirte que no te haya dicho ya?
A ti que por refugio has acudido a Jesús.”**

¡Oh, ustedes, cuyas mentes están entrenadas para el sublime pensamiento, díganme su valoración de las fieles promesas! Yo percibo una promesa del perdón del pecado. ¡Oh, ustedes, los perdonados, declaren la grandeza de esta bendición! Está la promesa de la adopción. ¡Hijos de Dios, ustedes comienzan a conocer qué amor nos ha dado el Padre en esto; proclamen su gozo! Está la

promesa de hallar gracia para el oportuno socorro. ¡Ustedes, atribulados, ustedes saben cómo el Señor sustenta y libra a Sus escogidos; proclamen la largueza de Su gracia! Está la promesa de que como tus días serán tus fuerzas. ¡Ustedes, que trabajan arduamente para el Señor o que llevan Su cruz día tras día, sientan cuán grande es la promesa de seguro apoyo! Qué palabra es ésta: “No quitará el bien a los que andan en integridad”. Qué frase es ésta: “Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. ¿Quién puede estimar la anchura de esta misericordiosa seguridad? No, no necesitas sacar de tu bolsillo la cinta métrica, pues no te serviría de nada aquí. Si pudieras tomar la distancia de una estrella fija como tu base, todos los cálculos serían todavía imposibles. Todas las cadenas que se han utilizado para medir los terrenos de los ricos serían inútiles en este caso. Un cierto millonario se gloria porque su terreno llega de mar a mar, pero ningún océano puede limitar las posesiones que han sido aseguradas para nosotros por la promesa de nuestro fiel Dios. El tema es tan supremamente grande que sobrepasa mi poder de expresión y, por tanto, yo desisto.

El versículo sobre el que estamos reflexionando habla de “preciosas y grandísimas promesas”, aunque lo precioso y lo grande rara vez van juntos, pero en este caso se han unido en un grado supremo. Cuando el Señor abre Su boca para hacer una promesa, ésta es siempre digna de Él, pues Él dice palabras de poder y riqueza supremos. En lugar de intentar hablar del valor inapreciable de las promesas doctrinalmente, voy a apoyarme en la experiencia de aquellos que las han puesto a prueba y las han comprobado.

¡Amados, cuán preciosas son las promesas para los pobres y los necesitados! Aquellos que conocen su pobreza espiritual discernen el valor de la promesa que se ajusta a su caso. ¡Cuán preciosas son además las promesas para quienes han gozado de su cumplimiento! A veces es posible que recordemos tiempos y estaciones cuando fuimos abatidos y el Señor nos ayudó conforme a Su palabra. Incluso antes de sacarnos del horrible pozo, no dejó que nos hundiésemos en la profunda ciénaga al mirar hacia delante, al tiempo en que Él vendría a nuestro rescate. Su promesa evitó que nos muriéramos de hambre mucho antes de que llegáramos al banquete del amor. En la expectación de la futura tribulación, nuestra confianza reposa en la promesa. De esta suerte es muy preciosa para nosotros incluso antes de que se cumpla realmente. Cuanto más creemos en la promesa tanto más hallamos una base para creer en ella. La palabra de Dios es tan preciosa para nosotros, que podríamos deshacernos de

cualquier cosa que tenemos antes que descartar una sola de sus frases. No podríamos decir cuál de las promesas del Señor necesitaremos a continuación: aquélla, a la que apenas hemos prestado atención, podría resultar, en un momento determinado, ser esencial para nuestra vida. ¡Gracias a Dios que no tenemos necesidad de deshacernos de ninguna de las joyas del pectoral de la Santa Escritura: todas ellas son Sí y Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios!

¡Cuán preciosas son las promesas cuando nos encontramos enfermos, contemplando la eternidad durante meses, siendo dolorosamente probados y tentados por el dolor y el cansancio! ¡Todas las circunstancias deprimentes pierden su poder para el mal cuando nuestra fe se aferra con firmeza a las promesas de Dios! ¡Cuán dulce es sentir que tengo mi cabeza en la promesa y mi corazón en la promesa: yo descanso en la verdad del Altísimo! No en la vanidad terrenal, sino en la verdad celestial reposo yo. No se puede encontrar nada en ningún lugar que sea comparable a este reposo perfecto. La perla de la paz es encontrada entre las preciosas promesas. Son realmente preciosas, pues son capaces de apoyar a los moribundos y hacer que pasen a la eternidad con tanto deleite como si fueran a una fiesta de bodas. Lo que permanece eternamente y permanece siendo bueno, es sumamente precioso. Eso que trae todas las cosas consigo y que contiene todas las cosas, es realmente precioso y así es la promesa de Dios.

Si las promesas son así de grandes y preciosas, *aceptémoslas y creamos en ellas gozosamente*. ¿Tengo yo que exhortar al hijo de Dios a hacer esto? No, no voy a deshonrarlo, ¡seguramente él creará a su propio Padre! ¡Seguramente, seguramente debería ser la cosa más fácil del mundo para los hijos del Altísimo, creer en Aquel que les ha concedido el poder de ser hechos hijos de Dios! ¡Hermanos míos, no vacilemos ante la promesa por causa de la incredulidad, sino creamos a pies juntillas!

Además, *tenemos que conocer las promesas*. ¿No deberíamos cargarlas en las puntas de nuestros dedos? ¿No deberíamos conocerlas mejor que cualquier otra cosa? Las promesas deberían ser los clásicos de los creyentes. Puede ser que no hayas leído el último libro que ha salido o que no hayas oído hablar de la última ley promulgada, pero debes conocer muy bien lo que ha dicho el Señor y tienes que esperar que Su palabra se vaya a cumplir. Tenemos que ser tan versados en la Escritura como para tener siempre en la punta de nuestra lengua la promesa que más exactamente se aplique a

nuestro caso. Deberíamos ser trasuntos de la Escritura: la promesa divina debería estar escrita del mismo modo en nuestros corazones como lo está en las páginas del Libro. Es realmente triste y lamentable que algún hijo de Dios no sea consciente de la existencia de la regia promesa que le haría rico. Es lamentable que alguno de nosotros sea como el hombre pobre al que le habían dejado una fortuna, pero no sabía nada acerca de ello, y por eso continuó barriendo las calles y pidiendo limosna. ¿De qué sirve tener un ancla en casa cuando tu barco navega en medio de una tormenta en alta mar? ¿De qué nos sirve una promesa que no somos capaces de recordar como para argumentarla en oración? Si hay cosas que no sabes, al menos intenta familiarizarte con aquellas palabras del Señor que son más necesarias para nuestras almas, de lo que es el pan para nuestros cuerpos.

Hagamos también uso de las promesas. Hace poco tiempo un amigo me dio un cheque para ciertas obras de caridad y me dijo: “Asegúrate de presentarlo hoy mismo en el Banco”. Pueden estar seguros de que así lo hice. Yo no guardo los cheques para mirarlos ni jugar con ellos; los entrego al Banco y recibo el dinero, y lo gasto.

Las preciosas promesas de nuestro grandioso Dios tienen el expreso propósito de ser llevadas a Él para ser intercambiadas por las bendiciones que garantizan. La oración lleva la promesa al Banco de la fe y obtiene la bendición de oro. Presta atención a tu manera de orar, y hazlo con toda seriedad. No permitas nunca que la oración se convierta en una formalidad sin vida. Algunas personas oran durante un largo tiempo, pero no consiguen lo que piden, porque no argumentan la promesa de una manera veraz y seria. Si entraras en un Banco y te quedaras hablando con el empleado durante una hora y salieras de nuevo sin tu dinero en efectivo, ¿de qué te serviría? Si voy a un banco, entrego mi cheque en la ventanilla, tomo mi dinero y me dedico a mis actividades: esa es la mejor manera de orar. Pide aquello que necesitas porque el Señor lo ha prometido, y sigue haciendo tu trabajo con la plena seguridad de lograrlo. Ponte de pie cantando, porque la promesa ha sido cumplida, y de esa manera tu oración recibirá una contestación. Lo que hace que Dios oiga, no es la longitud de tu oración, sino la fuerza de tu oración, y la fuerza de tu oración radica en tu fe en la promesa que has argumentado delante del Señor.

Finalmente, *habla acerca de las promesas.* Repite en la casa del Rey lo que el Rey ha dicho. No escondas nunca las lámparas de Dios debajo de un almud. Las promesas son proclamaciones; exhibelas

sobre la pared y léelas en voz alta en las encrucijadas del camino. ¡Oh, que nuestra conversación fuera endulzada con más frecuencia con las preciosas promesas de Dios! Después de comer nos sentamos durante media hora y nos dedicamos a criticar cruelmente a nuestros ministros o escandalizamos a nuestros vecinos. ¡Con cuánta frecuencia esta es la diversión del día domingo! Sería mucho mejor que dijéramos: “Ahora, amigo mío, cita una promesa”, y que el otro respondiera: “Y tú también menciona una promesa”. Entonces cada uno ha de hablar según su propio conocimiento personal acerca del cumplimiento del Señor de estas promesas y cada uno de los presentes ha de contar la historia de la fidelidad del Señor para con él. Por esta santa conversación calentáramos nuestros propios corazones y alegraríamos unos a otros nuestros espíritus y el día de reposo sería guardado rectamente.

Los hombres de negocios hablan acerca de su profesión, los viajeros hablan de sus aventuras y los granjeros hablan de sus cosechas. ¿No deberíamos nosotros expresar con mucha frecuencia el recuerdo de la bondad del Señor y hablar de Su fidelidad? Si lo hiciéramos así, refrendaríamos lo que dijo Pedro referente al hecho de que Dios nos ha dado *“preciosas y grandísimas promesas”*.

11. La promesa del Señor – La regla de su otorgamiento.

*“Jehová, pues, dio a Salomón sabiduría, como le había dicho”
(1 Reyes 5: 12).*

No sé cómo el Señor obró sabiduría en Salomón; pero prometió que le daría sabiduría y mantuvo Su palabra. Cuanto más pensamos en ello, más asombroso nos parece. Salomón no nació bajo las circunstancias más esperanzadoras para la sabiduría. Como hijo favorito de un padre ya mayor, es muy probable que fuera muy consentido. Como hombre joven que ascendió al trono mucho antes que estuviese preparado para ello según el curso de la naturaleza, era propenso a hacer grandes disparates y a cometer errores. Como un hombre de fuertes pasiones animales, que al final lo avasallaron, parecía más probable que fuera un libertino en vez de un filósofo. Como una persona que poseyó grandes riquezas, un poder ilimitado y una constante prosperidad, no se vio expuesto a esa ardua experiencia por la cual los hombres adquieren sabiduría. ¿Quiénes fueron sus maestros? ¿Quién le enseñó a ser sabio? Su penitente madre pudo haber puesto delante de él mucho de una sólida moralidad y de religión, pero no hubiera podido impartirle nunca el eminente grado de sabiduría que lo elevó por encima de todos los demás hombres y lo colocó en el pináculo del renombre. Supo más que los demás, y por tanto no pudo tomar prestada su sabiduría de ellos. A sus pies se sentaron sabios, y su fama atrajo peregrinos desde los confines de la tierra. Ninguno de ellos pudo haber sido tutor de Salomón ya que su sabiduría era superior a la de ellos. ¿Cómo se remontó este hombre a la absoluta preeminencia en sabiduría, como para convertir su nombre a través de los tiempos en un sinónimo de un hombre sabio?

Esta creación de una mente maestra es un proceso muy misterioso. ¿Quién le dará sabiduría a un joven? Puedes impartirle conocimientos, pero no sabiduría. Ningún tutor, ni maestro, ni teólogo puede darle sabiduría a otro hombre: tiene mucha dificultad para adquirir un poco de sabiduría para sí mismo. Sin embargo, Dios le dio a Salomón grandeza de corazón como las arenas del mar y una sabiduría inigualable, pues Dios puede hacer todas las cosas. De una manera conocida solamente por Él mismo, el Señor produjo en el joven rey una capacidad para la observación, el razonamiento y la acción prudente, rara vez igualados. Hemos admirado a menudo la

sabiduría de Salomón; pero yo los invito a que admiren aun más la sabiduría de Jehová, por quien fue producido el maravilloso genio de Salomón.

La razón por la cual el Señor obró esta maravilla en Salomón fue *porque había prometido hacerlo, y Él siempre cumple Su palabra*. Hay muchos otros textos que me servirían de igual modo que este, pues todo lo que deseo resaltar de ese texto es esto: que todo lo que Dios le ha prometido a alguien, se lo dará con certeza. Ya sea la sabiduría a Salomón o gracia a mi lector, si el Señor ha hecho la promesa, no permitirá que sea una letra muerta. El Dios que cumplió Su palabra en este caso tan extraordinario, donde el asunto estaba tan por encima del poder humano y estaba rodeado de circunstancias tan desventajosas, cumplirá Sus promesas en otros casos, por difícil y misterioso que sea el proceso de su realización. Dios cumple siempre Su palabra al pie de la letra; sí, y usualmente irá más allá de lo que pareciera significar la letra. En este caso, además de concederle sabiduría a Salomón, le agregó riquezas y mil cosas más que no aparecían en el pacto. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas otras cosas os serán añadidas”. Quien hace promesas acerca de infinitas bendiciones, incorpora también cosas de cada día como si fuesen de poca monta y como algo natural, como el papel de envolver y la cuerda con las que el tendero empaca nuestras compras.

Del caso de Salomón y miles de casos de un tipo similar, aprendemos primero que *la regla del dar de Dios es: como lo ha prometido*.

La página de la historia resplandece con ejemplos. El Señor prometió a nuestros padres caídos que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente: ¡he aquí, esa maravillosa Simiente de la mujer ha aparecido y ha obtenido para Sí mismo y para todos nosotros la gloriosa victoria de nuestra redención! En el cumplimiento de esa promesa específica tenemos la garantía del cumplimiento de todas las demás. Cuando Dios le prometió a Noé que entrando en el arca estaría a salvo, comprobó que así fue. Ni una sola de aquellas innumerables olas que destruyeron al mundo antediluviano pudo entrar en su refugio. Cuando Dios le dijo a Abraham que le daría una simiente y una tierra que habría de ser de su posesión, parecía algo imposible; pero Abraham le creyó a Dios, y en el tiempo señalado se regocijó al contemplar a Isaac y ver en él al heredero prometido. Cuando el Señor le prometió a Jacob que estaría con él y le haría bien, fue fiel a Su palabra y le dio la

liberación por la cual luchó en el arroyo de Jaboc. Aquella promesa que había permanecido como adormecida durante tanto tiempo, que la simiente de Israel poseería la tierra que fluía leche y miel, parecía como si nunca fuese a cumplirse, cuando las tribus fueron reducidas a la esclavitud en Egipto y Faraón las retenía con mano de hierro, y no quería dejarlas ir. Pero Dios, que tomó a Su cargo a Su pueblo, lo sacó con mano poderosa y con brazo extendido el preciso día que prometió rescatarlos. Dividió también el Mar Rojo y condujo a Su pueblo a través del desierto, porque les aseguró que así lo haría. Partió en dos las aguas del Jordán y echó a los cananeos de delante de Su pueblo escogido, y le dio a Israel la tierra por herencia, tal y como les había prometido. Las historias de la fidelidad del Señor son tantas, que no tendríamos tiempo para repetir las todas. Las palabras de Dios han sido siempre justificadas, en su debido momento, por los actos de Dios. Dios ha tratado con los hombres conforme a Su promesa. Siempre que el hombre se ha apropiado de la promesa y ha dicho: “haz así como has dicho”, Dios ha respondido a la súplica y ha demostrado que no es algo vano confiar en Él. A lo largo de todo el tiempo la regla invariable de Dios ha sido guardar Su palabra al pie de la letra y en el momento establecido.

“Esto es hablar en grande”, dirá alguien; entonces vamos a hablar de cosas menores. *La forma de ser de Dios es guardar Su promesa a cada individuo.* Nosotros mismos somos testimonios vivos de que Dios no olvida Su palabra. Decenas de miles de nosotros podemos testificar que hemos confiado en Él y que no hemos sido confundidos. Yo fui una vez un pecador de corazón quebrantado, agazapado de miedo bajo la negra nube de la ira todopoderosa, culpable y autocondenado, y sentía que si era echado de delante de la presencia de Jehová para siempre, no podría decir absolutamente nada en contra de la justicia de la sentencia. Cuando leí en Su palabra: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”, acudí a Él. Trémulamente resolví probar Su promesa. Reconocí mis transgresiones contra el Señor y Él perdonó la iniquidad de mi pecado. No estoy contando una historia sin valor, pues la paz profunda y apacible que llenó mi corazón en el momento del perdón fue tal que parecía como si hubiera comenzado una nueva vida, como, en verdad, la había comenzado.

Así es como sucedió: un día domingo oí a un pobre hombre hablar acerca de esta promesa: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Yo no podía entender cómo una simple mirada a Cristo podía salvarme. Parecía un acto demasiado simple para efectuar un

resultado tan grande, pero como estaba dispuesto a probar cualquier cosa, YO MIRÉ, *miré a Jesús.*

Fue todo cuanto hice. Miré a Aquel que es proclamado como una propiciación por el pecado; y en un momento vi que estaba reconciliado con Dios. Vi que si Jesús sufrió en mi lugar, yo no podía sufrir también, y que si Él llevó todo mi pecado, yo ya no tenía que cargar con ningún pecado. Mi iniquidad tenía que haber sido borrada si Jesús la llevó en mi lugar y sufrió todo su castigo. Con ese pensamiento vino a mi espíritu un dulce sentido de paz con Dios, por medio de Jesucristo mi Señor. La promesa era verdadera y yo descubrí que así era. Eso sucedió hace unos treinta y seis años, pero yo no he perdido nunca el sentido de esa salvación completa que encontré entonces, ni he perdido esa paz que tan dulcemente iluminó mi espíritu. *Desde entonces nunca he confiado en vano en una promesa de Dios. Me he encontrado en situaciones de mucho peligro, he conocido grandes necesidades, he sentido agudos dolores, y he sido abatido por incesantes ansiedades, pero el Señor ha sido fiel a cada línea de Su palabra y cuando he confiado en Él, me ha transportado a través de todo sin ninguna falla. Estoy obligado a hablar bien de Él, y así lo hago.* A ESTO PONGO MI FIRMA Y SELLO *sin ninguna duda o reserva.*

La experiencia de todos los creyentes es la misma: comenzamos nuestra nueva vida de gozo y paz creyendo al Dios que hace promesas, y continuamos viviendo de la misma manera. En nuestro feliz recuerdo hay una larga lista de promesas cumplidas que despiertan nuestra gratitud y confirman nuestra confianza. Hemos probado la fidelidad de nuestro Dios año tras año, de muy diversas maneras, pero siempre con el mismo resultado. Hemos acudido a Él con promesas de las cosas comunes de la vida, relacionadas con el pan cotidiano, y la ropa, y los hijos y el hogar, y el Señor ha tratado misericordiosamente con nosotros. Hemos recurrido a Él en caso de enfermedad, de calumnia, de duda y tentación y no nos ha fallado nunca. Se ha acordado de nosotros incluso en los más pequeños detalles, y hasta los cabellos de nuestra cabeza han sido contados. Cuando parecía altamente improbable que se cumpliera la promesa, se ha cumplido con notable exactitud. Hemos sido quebrantados por la falsedad del hombre, pero nos hemos regocijado, y nos regocijamos, en la veracidad de Dios. Se nos llenan los ojos de lágrimas al pensar en las sorprendentes formas en que Jehová, nuestro Dios, ha obrado para cumplir Sus misericordiosas promesas.

*“Hasta aquí verificamos esa promesa buena,
Que ratificó Jesús con Su sangre:
Sigue siendo fiel, sabio y justo,
Y todavía los creyentes creen en Él”.*

Permítanme hablar libremente a todos los que confían en el Señor. Hijos de Dios, ¿no ha sido fiel con ustedes su Padre celestial? ¿No es ésta su constante experiencia: que ustedes siempre están fallando, pero que *Él* nunca falla? Bien dijo nuestro apóstol: “Si fuéremos infieles, él permanece fiel, él no puede negarse a sí mismo”. Podemos interpretar el lenguaje divino en su más amplio sentido y encontraremos que la promesa del Señor se cumple hasta su sentido extremo. La norma que sigue para dar es amplia y liberal: la promesa es una gran vasija y el Señor la llena hasta rebosar. De la misma manera que en el caso de Salomón, el Señor le dio *“como le había dicho”*, lo hará en cada caso mientras el mundo permanezca. ¡Oh, lector! Cree en la promesa y así demuestra que eres un heredero de ella. ¡Que el Espíritu Santo te conduzca a hacerlo por causa de Jesús!

12. La regla sin excepción

“Bendito sea Jehová, que ha dado paz a su pueblo Israel, conforme a todo lo que él había dicho; ninguna palabra de todas sus promesas que expresó por Moisés, su siervo, ha faltado” (1 Reyes 8: 56).

Dios da buenas cosas a los hombres conforme a Su promesa.

Esto es un hecho y no una mera opinión. Nosotros lo declaramos y desafiamos al mundo entero a que aporte alguna evidencia de que esta afirmación es falsa.

Sobre este punto el escritor es un testigo personal. Mi experiencia ha sido vasta y mi observación ha sido muy amplia, pero todavía no he conocido a una sola persona que haya confiado en Dios pero que haya descubierto que la promesa del Señor le falló. He visto a muchos hombres que han sido sostenidos en medio de duras pruebas por descansar en la palabra del Señor, y también he visto a muchas personas moribundas triunfar en la muerte por el mismo medio; pero no me he encontrado jamás con un creyente que tuviese que avergonzarse de su esperanza por causa de sus aflicciones temporales, ni con uno que a la hora de la muerte se arrepintiese de haber confiado en el Señor. Toda mi observación apunta en la dirección contraria y me confirma en la persuasión de que el Señor es fiel con todos los que confían en Él. Acerca de este asunto yo estaría dispuesto a hacer una solemne afirmación ante una corte de justicia. Yo no expresaría una falsedad bajo el pretexto de un fraude piadoso, sino que testificaría sobre este importante tema como un testigo honesto, sin reserva ni equivocación. Nunca he conocido a nadie que en medio de las aflicciones de la muerte lamentara haber confiado en el Salvador. Es más, es algo que no he oído que sucediese nunca, en ninguna parte. Si tal caso se hubiese presentado, quienes odian el Evangelio lo habrían publicado por todas partes; en todas las calles se habrían escuchado las malas noticias y todos los predicadores habrían tenido que confrontarlas. A la puerta de todas las iglesias y de las capillas nos hubiéramos encontrado con folletos reportando que aquél, que había llevado una vida santa y que había confiado en los méritos del Redentor, había descubierto en sus últimas horas que había sido engañado y que la doctrina de la cruz no era sino un engaño. Retamos a nuestros oponentes a que descubran un solo ejemplo. Que traten de encontrarlo entre ricos o

entre pobres, ancianos o jóvenes. Que el propio diablo, si puede, dé testimonio del fracaso de una sola promesa del Dios vivo. Pero no se ha dicho que Jehová haya engañado a uno solo de Su pueblo, y no se dirá nunca, pues Dios es veraz en cada palabra que ha dicho.

Dios nunca condesciende a una mentira. La mera suposición es blasfema. ¿Por qué habría de ser falso? ¿Qué habría en Él que lo indujera a incumplir Su palabra? Sería contrario a Su naturaleza. ¿Cómo podría ser Dios y no ser justo y veraz? Por tanto, Él no puede violar Su promesa por falta de fidelidad.

Además, el Dios Omnipotente nunca promete más allá de Su poder. *Nosotros* frecuentemente tenemos la intención de actuar según nuestra palabra, pero nos encontramos dominados por circunstancias abrumadoras, y nuestra promesa se cae al suelo porque somos incapaces de cumplirla. Pero eso no puede sucederle al Dios Todopoderoso, porque Su habilidad es sin límite. Para Él todas las cosas son posibles.

Puede ser que cometiéramos un error al hacer una promesa y que después descubriésemos que estaría mal que hiciéramos lo que habíamos dicho, pero Dios es infalible y, por lo tanto, Su palabra no será retirada nunca por causa de ningún error. La sabiduría infinita ha puesto su *imprimatur* (*imprimase*) en cada promesa; cada palabra del Señor está registrada por un juicio inerrante y ratificada por la verdad eterna.

La promesa tampoco puede fallar por una alteración en el Divino Prometedor. *Nosotros* cambiamos, ¡pobres, frágiles criaturas que somos! Pero el Señor no conoce mudanza, sin sombra de variación y, por eso, Su palabra permanece igual para siempre. Porque Él no cambia, Sus promesas permanecen firmes como las grandes montañas. “Él dijo, ¿y no hará?” Nuestro potente consuelo se sustenta en las cosas inmutables de Dios.

La palabra del Señor tampoco dejará de cumplirse por causa de un olvido de Su parte. Nuestras lenguas son más veloces que nuestras manos porque, aunque estamos dispuestos, fallamos en el cumplimiento porque otras cosas se interponen y distraen nuestra atención. Nos olvidamos o nos enfriamos, pero no sucede lo mismo con el Fiel Prometedor. Su más antigua promesa está todavía fresca en Su mente y tiene ahora la misma intención de cumplirla que cuando la pronunció inicialmente. De hecho, Él está dando la promesa siempre, puesto que para Él no existe el tiempo. Las

antiguas promesas de la Escritura son nuevas promesas para la fe, porque toda palabra sigue procediendo de la boca del Señor para ser alimento para los hombres.

Debido a todo esto, la palabra del Señor merece toda la fe tanto implícita como explícita. Podríamos confiar demasiado en los hombres, pero nunca podríamos confiar demasiado en Dios. Es la cosa más segura que ha existido y que existirá siempre. Creer en Su palabra es creer en algo que nadie puede cuestionar justamente. ¿Lo ha dicho Dios? Entonces tiene que ser así. Los cielos y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará jamás. Las leyes de la naturaleza podrían ser suspendidas: el fuego podría dejar de arder, y el agua podría dejar de ahogar, pues esto no implicaría ninguna infidelidad en Dios; pero que Su palabra fallara implicaría una deshonrosa variabilidad en el carácter y la naturaleza de la Deidad, y esto no puede suceder nunca. Aceptemos plenamente que Dios es veraz y no permitamos nunca que una sospecha de Su veracidad atraviese nuestras mentes.

La palabra inmutable de la promesa es y siempre tiene que ser, la regla de Dios para dar. Consideren un poco, mientras hago una observación adicional, es decir, que *contra esto ninguna otra regla puede prevalecer*. Con la regla de la promesa de Dios, ninguna otra ley, imaginaria o real, puede entrar en conflicto jamás.

La ley del merecimiento es a veces argumentada en contra de ella, pero no puede prevalecer. “Oh”, -dirá alguien- “¡no puedo creer que Dios pueda o quiera salvarme pues no hay nada bueno en mí!” Dices bien, y tu miedo no puede ser suprimido si Dios fuera a actuar contigo conforme a la regla del merecimiento. Pero si tú crees en Su Hijo Jesús, no operará esa regla, pues el Señor actuará contigo conforme a la regla de Su promesa. La promesa no se basó en tus méritos; fue hecha libremente y también será guardada libremente. Si preguntas cómo se puede resolver tu falta de merecimientos, permíteme recordarte que Jesús vino para salvarte de tus pecados. Los méritos ilimitados del Señor Jesús son puestos en tu cuenta y tus terribles deméritos son neutralizados por ellos, de una vez por todas. La ley del mérito te sentenciaría a la destrucción al estar apoyado en tu propia persona; pero el que cree, no está bajo la ley, sino bajo la gracia, y bajo la gracia el grandioso Señor trata con los hombres conforme a la pura misericordia según es revelada en Su promesa. No elijas ser justo con justicia propia, pues la justicia tiene que condenarte; debes estar dispuesto a aceptar la salvación como un don inmerecido otorgado por medio del ejercicio de la soberana

prerrogativa de Dios, que dice: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia”. Confía humildemente en la gracia de Dios que es revelada en Cristo Jesús, y la promesa será ricamente cumplida para ti.

El Señor tampoco trata con los hombres de acuerdo con *la medida de su habilidad moral*. “Oh”, -dice el buscador- “creo que podría ser salvo si pudiera hacerme mejor o me volviera más religioso o ejercitara una mayor fe; pero no tengo fuerzas. No puedo creer, no puedo arrepentirme, no puedo hacer nada rectamente”. Recuerda, entonces, que el Dios clemente no ha prometido bendecirte de acuerdo a la medida de tu habilidad para servirle, sino de acuerdo a las riquezas de Su gracia, según está declarado en Su palabra. Si Sus dones fueran otorgados de acuerdo con tu fuerza espiritual, no recibirías nada, pues no puedes hacer nada sin el Señor. Pero como la promesa es guardada según la infinitud de la gracia divina, no puede haber ninguna duda en cuanto a la misma. No tienes por qué vacilar en cuanto a la promesa por causa de la incredulidad, sino debes considerar que quien ha prometido es capaz también de cumplir. No limites al Santo de Israel imaginando que Su amor está limitado por tu capacidad. El caudal del río no debe calcularse por la sequedad del desierto por el cual fluye, porque no existe proporción lógica entre ambos. Aun mirando con medio ojo, uno puede ver que no se puede calcular el alcance del amor infinito midiéndolo según la debilidad humana. Las operaciones de la gracia todopoderosa no son limitadas por la fuerza mortal o por la falta de fuerza. El poder de Dios cumplirá la promesa de Dios. No es tu debilidad la que puede derrotar a la promesa de Dios, ni es tu fuerza la que puede hacer cumplir la promesa: Aquel que declaró la promesa se encargará de cumplirla. No es asunto tuyo ni mío guardar las promesas de Dios: ése es Su oficio, no el nuestro. ¡Pobre desvalido, une tu pesado vagón de incapacidad a la gran locomotora de la promesa y serás transportado sobre los rieles del deber y de la bendición! Aunque estés más muerto que vivo, aunque tengas más debilidad que fuerza, esto no afectará la certidumbre del compromiso divino. El poder de la promesa radica en quien la hizo. Por tanto, aparta tu mirada del ego y mira a Dios. Si estás desfalleciente, desvanécete en el pecho de la promesa divina; si te consideras muerto, sé enterrado en el sepulcro donde estén los huesos de una promesa, y serás revivido tan pronto los toques. No se trata de lo que *nosotros* podamos hacer o no, sino que todo gira alrededor de lo que Dios puede hacer. Ya tenemos suficiente con guardar nuestros propios contratos como para intentar guardar las promesas de Dios. A mí no me gustaría que mis semejantes dudaran de mi solvencia porque un mendigo que

vive en la calle vecina no pudiera pagar sus deudas. ¿Por qué, pues, habría yo de dudar del Señor sólo porque tengo motivos para desconfiar de mí mismo? *Mi* habilidad es un tema completamente distinto del de la fidelidad de Dios, y es una lástima mezclar las dos cosas. No deshonremos a nuestro Dios imaginando que Su brazo se ha acortado, sólo porque el nuestro se hubiere debilitado o cansado.

Tampoco debemos medir a Dios con la regla de nuestros sentimientos. Oímos con frecuencia la lamentación: “No siento que pueda ser salvado. No siento que un pecado como el mío pueda ser perdonado. No siento que mi corazón empedernido pueda ser ablandado y renovado jamás”. Esta es una pobre plática insensata. ¿De qué manera pueden guiarnos nuestros sentimientos en tales asuntos? ¿Sientes que los muertos en sus tumbas pueden resucitar? ¿Sientes siquiera que el frío del invierno será seguido por el calor del verano? ¿Cómo puedes sentir esas cosas? Son cosas en las que se cree. Hablar de sentimientos en este asunto es absurdo. ¿Siente el hombre desfalleciente que revivirá? ¿Acaso no es la naturaleza de ese estado sugerir la muerte? ¿Sienten los cadáveres que tendrán una resurrección? El sentimiento es inadmisibile.

Dios le dio sabiduría a Salomón, como se lo había prometido, y Él te dará lo que te ha prometido, sean cuales fueren tus sentimientos. Si revisas todo el Libro de Deuteronomio, verás con cuánta frecuencia usa Moisés la expresión: “*Como os ha prometido*”. Dice: “Jehová... os bendiga, como os ha prometido” (Deuteronomio 1: 11). No era posible que pronunciara una bendición más grande para Israel. Ese santo varón contempló los tratos del Señor con una constante admiración, porque eran: “como os ha prometido”. También en nuestro caso, la regla de los tratos del Señor será: “como os ha prometido”. Nuestra experiencia de la gracia divina no será: “como sentimos ahora”, sino: “como os ha prometido”.

Mientras escribo así para consuelo de otros, me siento obligado a confesar que, personalmente, experimento sentimientos muy cambiantes; pero he aprendido a concederles muy poca importancia, de una manera u otra: sobre todo he dejado de estimar la verdad de la promesa por mi condición mental. Hoy me siento tan contento que podría bailar al son del pandero de María, pero, tal vez, cuando me despierte mañana por la mañana, sólo seré capaz de suspirar en armonía con las lamentaciones de Jeremías. ¿Acaso ha cambiado mi salvación conforme a estos sentimientos? Entonces debe de haber tenido un cimientito muy movedizo. Los sentimientos son más caprichosos que los vientos y más insustanciales que las burbujas.

¿Habrían de ser la medida de la fidelidad divina? Los estados mentales dependen más o menos de la condición del hígado o del estómago; ¿hemos de juzgar al Señor por ellos? Claro que no. El estado del barómetro podrá hacer que nuestros sentimientos oscilen para arriba o para abajo, ¿se puede depender mucho de cosas tan cambiantes? Dios no hace que su amor eterno dependa de nuestras emociones; eso sería construir un templo sobre una ola. Somos salvos de acuerdo a hechos, y no de acuerdo a fantasías. Ciertas verdades eternas comprueban que somos salvos o que estamos perdidos, y esas verdades no están afectadas por nuestras euforias o depresiones. ¡Oh, mi lector, no erijas tus sentimientos para usarlos como prueba de la veracidad del Señor! Semejante conducta constituiría una mezcla de locura y maldad. Si el Señor ha dicho la palabra, la cumplirá, tanto si te sientes triunfador como si te sientes decaído.

Además, Dios no nos dará conforme a la regla de las probabilidades. Parece muy improbable que tú, amigo mío, seas bendecido por el Señor que hizo los cielos y la tierra, pero si confías en el Señor, eres favorecido con la misma seguridad que lo fue la propia Virgen bendita, de quien se dice que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque está escrito: “Bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor”. “Jehová de los ejércitos, dichoso el hombre que en ti confía”. Pudiera parecer improbable que un viejo pecador sumido en el vicio, por el hecho de haber creído en Jesús, pueda comenzar de inmediato una nueva vida, pero así será. Podría parecer muy improbable que una mujer que vivía en pecado, oyera esa palabra: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”, se aferrara a ella y de inmediato recibiera la vida eterna, pero es verdad y yo mismo he visto que es verdad. Nuestro Dios es un Dios de prodigios. Aquellas cosas que son improbables, sí, imposibles para nosotros, para Él son cosas cotidianas. Él hace que el camello, a pesar de su joroba, pase por el ojo de una aguja. Él llama las cosas que no son, como si fuesen. ¿Te rías de la propia idea de ser salvo? No te rías con la desconfianza de Sarai, sino con la gozosa expectación de Abraham. Cree en Jesús y reirás por fuera y por dentro, no por causa de la incredulidad, sino por una razón totalmente diferente. Cuando conocemos a Dios no cesamos de maravillarnos, pero comenzamos a familiarizarnos con los portentos. Cree en la promesa de la gracia de Dios y, creyendo, vivirás en un mundo nuevo que será para ti siempre el país de las maravillas. Es realmente algo feliz poseer una fe tal en Dios que esperemos como algo seguro aquello que, desde el punto de vista humano, es muy improbable. “Para Dios todo es posible”, por lo

tanto, es posible que Él salve a todo aquél que crea en Jesús. La ley de la gravedad actúa en todos los casos, y lo mismo sucede con la ley de la fidelidad divina: no hay ninguna excepción para la regla de que Dios guardará Su pacto. Los casos extremos, los casos difíciles, sí, los casos imposibles, están incluidos en el círculo de la palabra de Dios y, por lo tanto, nadie tiene motivo para desesperar y ni siquiera dudar. La oportunidad de Dios llega cuando el apuro máximo del hombre es alcanzado. Cuanto peor sea el caso, tanto más segura será la ayuda del Señor. ¡Oh, que mi desesperado y desvalido lector le hiciera al Señor el honor de creer en Él y que dejara todas las cosas en Sus manos!

¿Cuánto tiempo les llevará a los hombres antes de que confíen en Dios? “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” ¡Oh, que nos propusiéramos en nuestra mente no dudar jamás del que es Fiel!

“Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”. El propio Señor dijo: “¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra, o no” (Números 11: 23). Que el Señor no nos tenga que hablar con ira sino que creamos y estemos seguros de que las solemnes declaraciones del Señor tendrán que cumplirse. No se hablen más unos a otros diciendo: “¿Qué es la verdad?”, sino sepan infaliblemente que la palabra del Señor es segura y que permanece para siempre.

He aquí una promesa con la cual puede comenzar el lector: que la ponga a prueba y vea si es cierta, o no: “INVÓCAME EN EL DÍA DE LA ANGUSTIA; TE LIBRARÉ, Y TÚ ME HONRARÁS” (Salmo 50: 15).

13. Tomar posesión de la promesa

“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia” (Génesis 28: 13).

Las almas medrosas encuentran mucha dificultad en apropiarse de las promesas de Dios y no creen que han sido para ellas: temen que sería una presunción asir cosas tan buenas y preciosas. Como regla general, podemos considerar que *si tenemos la fe de asir una promesa, esa promesa es nuestra*. El que nos da la llave que encaja en la cerradura de su puerta, tiene la intención de que abramos la puerta y entremos. No puede haber presunción nunca en creer a Dios humildemente; puede haber mucha presunción si nos atreviéramos a cuestionar Su palabra. No será fácil que nos equivoquemos por confiar demasiado en la promesa. Nuestra falla radica en la falta de fe, no en su exceso. Sería difícil creer demasiado en Dios, y es terriblemente corriente creer en Él demasiado poco. “Conforme a vuestra fe os sea hecho”, es una bendición de la cual el Señor no se retractará. “Si puedes creer, al que cree todo le es posible”. También está escrito: “No pudieron entrar a causa de incredulidad”, pero no se ha dicho nunca que uno que entrara por fe, fuera censurado por su impertinencia y echado fuera.

Jacob, de acuerdo al texto con el cual hemos encabezado este capítulo, tomó posesión de la tierra prometida acostándose sobre ella y quedándose dormido. No hay una manera más segura de apropiarse de una promesa que poniendo todo nuestro peso sobre ella y luego disfrutando de un descanso apacible. *“La tierra en que estás acostado te la daré a ti”*.

¡Con cuánta frecuencia he visto que la promesa ha sido válida para mí cuando la he aceptado como verdad y he actuado de conformidad a ella! Me he acostado sobre ella como sobre un diván y me he abandonado en las manos del Señor; entonces un dulce reposo ha invadido mi espíritu. La confianza en Dios cumple sus propios deseos. La promesa que hizo nuestro Señor a los que buscan favores en oración dice así: “Creed que lo recibiréis, y os vendrá”. Esto suena extraño, pero es cierto; es acorde con la filosofía de la fe. Di, con una auténtica fe: “esta promesa es mía”, y de inmediato lo será. Es por la

fe que “recibimos promesas” y no por la vista o por ningún otro sentido.

Las promesas de Dios no son recintos cercados que han de ser la propiedad privada de este santo o de aquél, sino que son un espacio abierto para todos los habitantes de la parroquia de la Santa Fe. Sin duda hay personas que, si pudieran, se apoderarían de las estrellas y harían del sol y de la luna una propiedad personal. Esa misma avaricia intentaría vallar las promesas, pero eso es algo que no se puede hacer. Sería lo mismo que el avaro pretendiera encerrar a los pájaros cantores y que dijera que la música de las alondras y de los tordos es su herencia exclusiva, que proponer que las promesas sean todas para una persona. No, ni los mejores santos podrían poner, aunque quisieran hacerlo, ni una sola de las palabras del Dios de gracia, bajo cerradura y llave. La promesa no es sólo “para vosotros y para vuestros hijos”, sino “para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”. ¡Qué gran consuelo es éste! Asumamos nuestros derechos comunes y poseamos por medio de la fe, lo que el Señor ha hecho nuestro por un pacto de sal.

Las palabras que fueron dichas a Jacob pertenecen por igual a todos los creyentes. Oseas dice acerca de él: “Venció al ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó; En Bet-el le halló, y *allí habló con nosotros*”. De manera que Dios hablaba con nosotros cuando habló con el patriarca. Las maravillas que mostró Dios en el Mar Rojo se realizaron para todo el pueblo, pues leemos: “*Allí en él nos alegramos*” (Salmo 66: 6). Es cierto que nosotros no estuvimos presentes, pero el gozo de la victoria de Israel es nuestro. El apóstol cita la palabra del Señor a Josué como si hubiese sido dirigida a todos y cada uno de los hijos de Dios: “Porque él dijo: no *te* desampararé, ni *te* dejaré” (Hebreos 13: 5), ya que la palabra del Señor no acaba con el motivo que la originó, ni se agota al bendecir a la persona a la que fue dirigida. Todas las promesas son para los creyentes que tienen la suficiente fe para abrazarlas y argumentarlas ante el trono de la gracia. Lo que Dios es para la persona que confía en Él, lo será para todos los que confien en Él de acuerdo con sus circunstancias y necesidades.

La Biblia tiene puesta su mirada en cada uno de nosotros al pronunciar sus palabras de gracia. Un conferencista de Bampton dijo muy acertadamente: “Nosotros mismos, y los que son como nosotros, somos las personas acerca de las cuales habla la Escritura y a las cuales, como hombres, con toda variedad de persuaciones, hace su llamado condescendiente aunque celestial. El punto digno

de observación es notar cómo un libro de su descripción y de su alcance, posea esta versatilidad de poder, y ese ojo como el de un retrato uniformemente fijado sobre nosotros, dondequiera que vayamos”.

“¡El ojo de la palabra de Dios! Doquiera que vayamos,
Tu mirada amable está siempre sobre nosotros
Discierne nuestro dolor profundo
Descifra el laberinto de cada pecho.

“¿Qué palabra es ésta? ¿De dónde me conoces?
Maravillado clama el humilde corazón
Al oírte impartir el conocimiento de sí mismo
Ese misterio tan profundo”.

Esta singular personalidad de la palabra para cada una de mil generaciones de creyentes es uno de sus mayores encantos y una de las pruebas más contundentes de su inspiración divina. Tratamos a nuestras Biblias no como a almanaques antiguos, sino como libros para el presente, nuevos, actuales, adaptados para la hora. Una dulzura permanente habita con una frescura sin merma en las antiguas palabras que alimentaron a nuestros padres en su día. Gloria sea a Dios porque nosotros nos damos todavía un banquete con Su palabra, y si no lo estamos haciendo, deberíamos hacerlo. ¡Si no lo hacemos, sólo debemos culparnos a nosotros mismos!

Los pozos de Abraham sirvieron para Isaac, y Jacob, y también para mil generaciones. Vengan y metan sus cubetas y saquen con gozo el agua que está en los profundos pozos de la salvación, que fueron cavados en los días lejanos en que nuestros padres confiaron en el Señor y Él los liberó. No tenemos que temer ser supersticiosos o crédulos. Las promesas del Señor son para todos los que crean en ellas, y la fe es, ella misma, una garantía para confiar. Si tú *no puedes* confiar, podrías hacerlo. Después de haber sido cumplidas miles de veces, las palabras de la promesa siguen teniendo validez y volverán a cumplirse. Muchas veces nos hemos inclinado ante un manantial del prado y hemos bebido a grandes sorbos el agua refrescante; sigue siendo abundante y gratuita, y hoy podemos beber de ella con la misma confianza que lo hicimos la primera vez. Los hombres incumplen sus promesas una y otra vez, y sería irrazonable esperar que las cumplieran. ¡Ellos son cisternas, pero Tú, oh Señor, eres una fuente! Todos mis frescos manantiales están en Ti.

¡Vamos, lector, imita a Jacob! Del mismo modo que él se acostó en un cierto lugar, usando las piedras del sitio como cabecera, haz tú lo mismo. Tenemos a la Biblia entera para reclinarnos sobre ella, y hay ciertas promesas en ella que nos pueden servir de almohada. Apoya en ellas tu carga y apóyate tú mismo, y descansa. He aquí esta Escritura y sus promesas son tuyas de ahora en adelante: *“La tierra en que estás acostado te la daré a ti”*.

14. Endosar la promesa

“Porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho” (Hechos 27: 25).

Pablo había recibido una promesa especial y confesó abiertamente su fe en ella. Creyó que Dios cumpliría cada detalle de esa promesa. De ese modo, puso su sello a la declaración de que Dios es veraz. Cada uno de nosotros estamos obligados a hacer lo mismo con las palabras del Señor que se aplican a nuestro caso. Esto es lo que quiero decir mediante el título de este capítulo: endosar la promesa.

Un amigo me hace entrega de un cheque para el orfanato, pagadero así: “Páguese a la orden de C. H. Spurgeon la cantidad de \$10.00”. Su nombre es bueno y su banco es bueno, pero no obtengo nada de su amabilidad mientras yo no endose su cheque o su giro. Es un acto muy simple, pues sólo debo firmar mi nombre y el banquero me lo pagará, pero la firma es algo imprescindible.

Hay muchos nombres más nobles que el mío, pero no se puede usar ninguno de ellos en lugar del mío. Si yo escribiera el nombre de la Reina, no me serviría de nada. Si el Ministro de Hacienda pusiera su firma al dorso del documento, sería en vano. Debo endosar mi propio nombre. De la misma manera, cada uno, personalmente, debe aceptar, adoptar y endosar la promesa de Dios mediante su propia fe individual, o de lo contrario no obtendrá ningún beneficio de ella.

Si escribieras versos al estilo de Milton en honor del banco, o superaras a Tennyson en versos de alabanza al generoso benefactor de los huérfanos, de nada serviría. El más selecto lenguaje de los hombres y de los ángeles no contaría para nada. Lo que resulta absolutamente indispensable es la firma del interesado a quien se le debe pagar el cheque. Por muy bueno que resulte el boceto que un lápiz artístico podría dibujar al dorso del giro, eso tampoco no serviría de nada, pues lo que se requiere es el nombre del interesado escrito con su puño y letra, y no se aceptará nada en sustitución de ese nombre. Debe creer en la promesa cada uno por sí mismo, y debemos declarar que sabemos que es verdadera, o de lo contrario no nos traerá ninguna bendición. Ninguna obra buena, ni ninguna función ceremonial, ni sentimientos arrebatados podrían ocupar el lugar de una simple confianza. “Porque es necesario que el que se

acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. Algunas cosas pueden ser o no ser, pero esta *tiene que ser*.

Se puede decir que la promesa va en este sentido: “Prometo pagar a la orden de cualquier pecador que crea en mí: la bendición de la vida eterna”. El pecador *tiene que* escribir su nombre al dorso del cheque, pero no se le pide nada más. Cree en la promesa, acude ante el trono de la gracia con ella, y espera recibir la misericordia que le ha sido garantizada. Obtendrá esa misericordia, sin falta. Está escrito: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”, y así es.

Pablo creía que todos los que iban con él en el barco, escaparían *porque Dios lo había prometido*. Él aceptó la promesa como amplia seguridad para el hecho y actuó de conformidad. Él estuvo tranquilo en medio de la tormenta y dio a sus compañeros sabios y sensatos consejos tendientes a poner fin a su ayuno; y en general manejó los asuntos como lo haría un hombre que estaba seguro de un feliz escape de la tempestad. Así trató a Dios como debe ser tratado, es decir, con una confianza incondicional. A un hombre recto le gusta que confíen en él, y le dolería ver que le tratan con desconfianza. Nuestro Dios fiel es celoso de Su honor y no puede soportar que los hombres lo traten como si pudiera ser falso. La incredulidad provoca al Señor más que cualquier otro pecado: toca a la niña de Sus ojos y le hiere en lo más vivo. Lejos esté de nosotros perpetrar un mal tan infame en contra de nuestro Padre celestial; creamos en Él plenamente, y no pongamos límites a una confianza sincera en Su palabra.

Pablo declaró abiertamente su confianza en la promesa. Bueno sería que nosotros hiciéramos lo mismo. Precisamente vivimos tiempos en los que hace mucha falta dar un testimonio valeroso y directo acerca de la verdad de Dios, y si lo hacemos así, resultará en un valor centuplicado. El aire está saturado de dudas; de hecho, pocos creen real y sustancialmente. Hubo un hombre llamado George Müller; él creyó que Dios era capaz de ocuparse de las necesidades de dos mil niños, pero este hombre es un raro personaje. “Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?” Por tanto, es necesario que hablemos abiertamente. La infidelidad nos ha desafiado; no debemos permitir que nos fallen las fuerzas, sino que debemos enfrentarnos al gigante con la honda y la piedra de una experiencia real y de un resuelto testimonio. *Dios guarda Su promesa y nosotros lo sabemos*. Nos atrevemos a endosar cada una de Sus promesas. ¡Sí, lo haríamos con nuestra sangre si fuera preciso! La palabra de Dios permanece para siempre,

y nosotros somos testigos audaces de esto, todos los que somos llamados por Su nombre.

15. La promesa usada para esta vida

“Pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera” (1 Timoteo 4: 8).

Una especie de afectación impide a algunos cristianos tratar a la religión como si su esfera no estuviera entre los lugares comunes de la vida diaria. Para ellos es algo trascendental y de ensueño y más bien una creación de una piadosa ficción, que un hecho. Creen en Dios, de alguna manera, en lo tocante a las cosas espirituales y a la vida venidera, pero se olvidan por completo de que la verdadera piedad tiene la promesa de la vida actual, así como de la vida venidera. Para ellos sería casi una profanación atreverse a orar por los pequeños asuntos que constituyen la vida diaria. Por lo tanto, es muy probable que se queden sorprendidos si me aventuro a sugerirles que esto debería hacerlos cuestionarse la realidad de su fe. Si esa fe no les sirve de ayuda en los pequeños problemas de la vida, ¿cómo podría sustentarlos en las mayores tribulaciones de la muerte? Si no les aprovecha en cuanto al alimento y el vestido, ¿qué puede hacer por ellos en cuanto al espíritu inmortal?

En la vida de Abraham, percibimos que su fe tenía que ver con todos los eventos de su peregrinación terrenal; estaba conectada con su traslado de un país a otro, con la separación de su sobrino de su campamento, con la lucha contra los invasores y en especial con el nacimiento del hijo largamente prometido. Ninguna parte de la vida del patriarca estaba fuera del círculo de su fe en Dios. Hacia el final de su vida se dice: “y Jehová había bendecido a Abraham en todo”, lo cual incluye las cosas temporales así como las espirituales. En el caso de Jacob, Dios le prometió pan para comer, ropa para vestirse y su regreso en paz a la casa de su padre, y todas estas cosas son de un carácter temporal y terrenal. Sin lugar a dudas, estos primeros creyentes no hicieron desaparecer las bendiciones presentes del pacto ni consideraron que creer en Dios era un asunto místico y etéreo. La verdad es que nos quedamos atónitos al darnos cuenta de que no existe una línea de demarcación entre lo secular y lo religioso en la vida de aquellos hombres. Viajaron como peregrinos, lucharon como cruzados, comieron y bebieron como santos, vivieron como sacerdotes y hablaron como profetas. Su vida fue su religión y su religión fue su vida. Confiaron en Dios, no solamente acerca de cosas de suma importancia, sino acerca de todo, y por ello, hasta un siervo de una de las casas, al ser enviado a cumplir un encargo, oró

diciendo: “¡Oh Dios de mi señor, prospera mi camino!” Esa era una fe genuina, y a nosotros nos corresponde imitarla, y no permitir más que la sustancia de la promesa y la vida de fe se evaporen o se conviertan en fantasías sentimentales y visionarias. Si la confianza en Dios es buena para todo, es buena para todo lo que está dentro de la línea de la promesa, y no cabe duda alguna de que la vida que disfrutamos ahora está dentro de esa región.

Me gustaría que el lector observara y utilizara de manera práctica, palabras de Dios como éstas: “Mas a Jehová vuestro Dios serviréis, y él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti” (Éxodo 23: 25). “Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacientarás de la verdad” (Salmo 37: 3). “Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni peste que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará (Salmo 91: 3-7). “En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal” (Job 5: 19). “El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan y sus aguas serán seguras” (Isaías 33: 15, 16). “Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad” (Salmo 84: 11). “Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Ésta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová” (Isaías 54: 17).

Nuestro Salvador tenía la intención de que la fe fuese nuestro *quietus* o terminación en cuanto a las preocupaciones diarias, o de lo contrario no hubiera dicho: “Por tanto os digo: no os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mateo 6: 25, 26). ¿A qué otra cosa pudo referirse sino al ejercicio de la fe concerniente a las cosas temporales, cuando usó el siguiente lenguaje?: “Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud.

Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas” (Lucas 12: 29, 30).

Pablo quiso decir exactamente lo mismo cuando escribió: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4: 6, 7).

El que ha ido a preparar el cielo para nosotros no nos dejará sin provisión para realizar el viaje hasta allá. Dios no nos da el cielo de la misma manera que el Papa le dio Inglaterra al rey de España: *sí era capaz de conseguirla*; sino que hace el camino seguro, lo mismo que el fin.

Ahora bien, nuestras necesidades terrenales son tan reales como las espirituales, y podemos estar completamente seguros de que el Señor las suplirá. Él nos enviará lo que necesitamos por medio de la promesa, de la oración, de la fe, y de esa manera nos está enseñando. Nos está haciendo aptos para Canaán por medio de la experiencia del desierto.

Suponer que las cosas temporales son de muy poca importancia para nuestro Dios condescendiente, es olvidar que Él observa el vuelo de los gorriones y cuenta los cabellos de la cabeza de Su pueblo. Además, todo es tan pequeño para Él, que, si no le importara lo pequeño, no le importaría nada. ¿Quién habrá de dividir los asuntos por tamaño o peso? El punto decisivo en la historia podría ser una circunstancia diminuta. Bendito el hombre para el cual nada es demasiado pequeño como para presentarlo ante Dios, porque ciertamente no hay nada que sea demasiado pequeño o insignificante para causarnos dolor o para involucrarnos en algún peligro. Un hombre de Dios perdió una llave en cierta ocasión: oró sobre ello y la encontró. Fue reportado como una extraña circunstancia, pero no era nada extraordinario, porque algunos de nosotros oramos por todo y temblamos, no vaya a ser que las cosas más infinitesimales dejen de ser santificadas por la palabra de Dios y por la oración. Lo que causa problemas a nuestras conciencias no es incluir las nimiedades, sino omitirlas. Se nos asegura que, cuando el Señor encargó a sus ángeles guardar nuestros pies para que no tropezasen en el camino, puso todos los detalles de nuestra vida bajo el cuidado celestial, y nos alegramos de poder entregar todas las cosas a Su cuidado.

Uno de los milagros perdurables de la presente dispensación es que en Cristo tenemos una paz continua en todas las tribulaciones, y por medio de Él tenemos poder en la oración para obtener del Señor todas las cosas para esta vida y para la piedad. Ha sido la porción del escritor probar al Señor cientos de veces acerca de necesidades temporales, siendo conducido a ello por el cuidado de los huérfanos y de los estudiantes. En muchísimas ocasiones la oración ha traído la ayuda oportuna y ha quitado de en medio serias dificultades. Yo sé que la fe puede llenar la cartera, proveer una comida, cambiar un corazón endurecido, conseguir un terreno para un edificio, curar una enfermedad, aquietar la insubordinación y detener una epidemia. Como el dinero en las manos del hombre mundano, la fe en las manos del hombre de Dios “sirve para todo”. Todas las cosas que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, responden al mandato de la oración. La fe no puede ser imitada por un charlatán ni simulada por un hipócrita, pero siempre que es auténtica y capaz de asirse de una promesa divina con un firme apretón, obra grandes maravillas. ¡Cuánto me gustaría que mi lector creyese en Dios de tal manera que descansara en Él para todas las situaciones de su vida! Esto le conduciría a un mundo nuevo y le aportaría una evidencia que confirmaría la verdad de nuestra santa fe, de tal manera que se reiría hasta el escarnio de los escépticos. La fe en Dios semejante a la de un niño, provee a los corazones sinceros de una prudencia práctica que estoy inclinado a llamar: sentido común santificado. El creyente que tiene una mente simple, aunque sea objeto de las burlas del idiota, tiene una sabiduría que procede de lo alto y que, de manera efectiva, desconcierta a la malicia de los malvados. Nada desconcierta a un enemigo malicioso como la sincera desaprensión de un legítimo creyente.

El que cree en su Dios no tiene miedo de las malas noticias porque su corazón ha encontrado una apacible estabilidad al confiar en el Señor. Esta fe endulza, ensancha y enriquece la vida de mil maneras diferentes. ¡Pruébala, querido lector, y verás cómo producirá en tu vida una inmensurable riqueza de bendición! No te librarás de problemas, porque la promesa es: Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16: 33). “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5: 3-5).

Mi fe no solamente vuela al cielo,
Sino que camina con Dios en la tierra;
Todas las cosas me son dadas diariamente,
Mientras paso de un lado a otro.

La promesa habla de mundos en lo alto,
Pero no sólo hace mención de ellos;
Me alimenta y me viste *ahora* con amor,
Y hace mío este mundo.

Confío en el Señor, y Él contesta
En cosas grandes y pequeñas;
Honra la fe con rápidas provisiones
Y la fe le honra a *Él* en todo.

16. Descubriendo la promesa

“Tú has prometido este bien a tu siervo” (2 Samuel 7: 28).

El rey David sabía lo que el Señor había prometido darle y se refirió a eso especialmente en su oración como “este bien”. Nosotros necesitamos ser más exactos en nuestras suplicas de lo que normalmente somos; oramos por todo de tal manera que prácticamente no oramos por nada. Es bueno saber qué es lo que necesitamos. Por esto el Señor le dijo al ciego: “¿Qué quieres que te haga?” Él deseaba que el ciego estuviera consciente de sus propias necesidades y que sintiera un profundo deseo de la solución de sus necesidades. Estos son valiosos ingredientes en la composición de la oración.

Sabiendo qué cosa necesitamos, la siguiente tarea es encontrar que el Señor nos haya prometido esa bendición particular, pues entonces podremos acudir a Dios con suma confianza y esperar el cumplimiento de Su palabra. Con este fin debemos escudriñar las Escrituras diligentemente, buscando los casos de otros creyentes que sean semejantes al nuestro, esforzándonos por dar con esa expresión particular de la gracia divina del Señor que sea apropiada para nosotros en nuestras presentes circunstancias. Cuanto más exacta sea la adaptación de la promesa al caso involucrado, mayor será el consuelo que producirá. En esta escuela el creyente aprenderá el valor de la inspiración plenaria y verbal, porque en su propio caso podría ser que tenga que detenerse a pensar en un pequeño detalle como podría ser el singular o el plural de un nombre, como lo hizo Pablo al citar la promesa hecha a Abraham. El apóstol comentó: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3: 16).

Podemos estar seguros de que en alguna parte de la página inspirada hay una promesa apropiada para la ocasión. La infinita sabiduría de Dios es visible al habernos dado una revelación que responde a la innumerable variedad de condiciones de Su pueblo. No se ha pasado por alto ni una sola prueba, por peculiar que pudiera ser. Así como hay un alimento especialmente adaptado para todo ser vivo sobre la faz de la tierra, así también hay apoyo adecuado para todo hijo de Dios en el volumen de la inspiración. Si no encontramos una

promesa adecuada es porque no la buscamos, o habiéndola encontrado, no hemos percibido todavía su pleno significado.

Aquí podría sernos útil una comparación doméstica. Has perdido la llave de un baúl y después de haber probado todas las llaves que tienes, te ves obligado a buscar un cerrajero. El experto llega con un gran manajo de llaves de todas clases y tamaños. A ti te parece una singular colección de instrumentos oxidados. Mira el candado y prueba primero una llave y luego otra. No ha logrado nada todavía y tus tesoros siguen fuera de tu alcance. Mira, ha encontrado una probable llave: pareciera que va a lograr abrirlo, pero no logra conseguirlo. Evidentemente va por buen camino. Por fin logra abrir el baúl, porque ha encontrado la llave apropiada. Ésta es una representación correcta de muchas de las perplejidades. Tú no puedes acceder a la dificultad como para tratarla correctamente y llegar a un feliz resultado. Tú oras, pero no tienes la libertad en la oración que deseas. Lo que necesitas es una clara promesa. Pruebas una y otra palabra inspirada, pero no encajan. El corazón turbado encuentra motivos para pensar que no se aplican exactamente a su caso, de modo que quedan en el viejo Libro para ser usadas otro día, pues no están disponibles para la presente emergencia. Tú lo intentas de nuevo, y en el momento oportuno se presenta una promesa que pareciera estar hecha para la ocasión; encaja exactamente como una llave bien hecha y entra en la cerradura para la cual fue preparada originalmente. Habiendo encontrado la palabra idéntica del Dios vivo, te apresuras a argumentarla en el trono de la gracia, diciendo: “¡Oh Señor mío, Tú has prometido esta buena palabra a Tu siervo; te suplico que me la concedas!” El asunto se ha acabado; el sufrimiento se torna en gozo, pues la oración ha sido escuchada.

Con frecuencia el Espíritu Santo nos trae a la memoria, con vida y poder, palabras del Señor que de otro modo hubiéramos olvidado. Al mismo tiempo hace que brille una nueva luz sobre pasajes que recordamos bien, y así revela una plenitud en ellos que no habíamos ni siquiera sospechado. En algunos casos que he conocido, los textos han sido singulares, y durante un tiempo la persona en cuya mente fueron grabados, apenas si se daba cuenta de su relevancia. Durante años un corazón fue consolado con las palabras: “Gozará él de bienestar, y su descendencia heredará la tierra”. Rara vez se olvidaba de este pasaje; de hecho, parecía como si alguien se lo estuviese susurrando perpetuamente al oído. La relación especial de la promesa con su experiencia le fue dada a conocer por los acontecimientos. Un hijo de Dios que lamentaba sus años de

esterilidad, se sintió repentinamente lleno de gozo y de paz al escuchar un versículo que no es citado casi nunca: “Y os restituiré los años que comió la oruga”. Las amargas experiencias por las que tuvo que pasar David a causa de las calumnias y la malicia, hizo que recibiese promesas que fueron de gran consuelo para él, y en miles de ocasiones han podido apropiárselas cristianos confusos y quebrantados cuando han sido afligidos por vituperios. Antes de que esta dispensación llegue a su fin, no dudamos de que cada una de las frases de la Escritura haya sido ilustrada por la vida de uno u otro de los santos. Tal vez alguna promesa oscura y poco entendida siga relegada hasta que llegue la persona para quien fue especialmente escrita. Si se nos permite decirlo, hay una llave oxidada en el manojó que todavía no ha encontrado su cerradura, pero la encontrará antes de que se acabe la historia de la iglesia; podemos estar seguros de ello.

La palabra del Señor que quitaría nuestra presente desazón podría estar al alcance de la mano y, sin embargo, podríamos no estar conscientes de ello. Con un singular conocimiento de la experiencia humana, John Bunyan representa al prisionero del Castillo de la Duda como alguien que encontró en su propio pecho la llave llamada Promesa, que abrió todas las puertas de esa oscura prisión. Con frecuencia permanecemos en una cruel cautividad cuando se nos ofrece el propio medio para encontrar la más plena libertad. Si tan solo abriéramos nuestros ojos, como Agar, veríamos un pozo de agua cerca de la mano, y nos preguntaríamos por qué creíamos que íbamos a morir de sed. ¡En este momento, hermano mío que eres tentado, hay una palabra del Señor que te espera! Así como el maná caía temprano en la mañana, y estaba listo para que lo recogiesen los israelitas tan pronto abandonaban sus lechos, así también la promesa del Señor espera tu venida. Los toros y los animales engordados de la gracia han sido muertos y todo está dispuesto para tu inmediato consuelo. El monte está lleno de gente de a caballo y de carros de fuego, preparados para tu liberación; el profeta del Señor puede verlos, y si tus ojos fueran abiertos, tú también los verías. Como los leprosos a la puerta de Samaria, sería una insensatez que te quedaras sentado donde estás y murieras. Levántate, porque muy cerca está siendo derramada la abundante misericordia, más abundantemente de lo que tú hayas pedido o siquiera imaginado. Solamente cree y entra en el reposo.

Para los pobres, para los enfermos, para los desfallecidos, para los extraviados, hay palabras de ánimo que solamente ellos pueden disfrutar. Para los caídos, para los desalentados, para los

desesperados, para los moribundos, hay cordiales que han sido especialmente combinados para sus peculiares dolencias. La viuda y los huérfanos tienen sus promesas, y lo mismo sucede con los cautivos, con los viajeros, con los marineros que han naufragado, con los ancianos y con los que están en el artículo de la muerte. No hay nadie que deambule tan lejos que no le alcance la promesa. Una atmósfera de promesa rodea a los creyentes de la misma manera que el aire rodea al globo. Casi podría decirse que es algo omnipresente y añadir: “Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender. ¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?” (Salmo 139: 5-7). Por muy densas que sean las tinieblas no pueden ocultarnos del pacto de la promesa, sino que en su presencia la noche brilla como el día. Por tanto, tengamos valor, y por medio de la fe y de la paciencia, esperemos en la tierra de nuestro exilio hasta el momento que nos lleven al hogar. También nosotros, como el resto de los herederos de la salvación, “heredaremos la promesa”.

Ciertos compromisos del pacto establecido con el Señor Jesucristo, en cuanto a Sus elegidos y redimidos, son completamente sin ninguna condición en lo que a nosotros se refiere, pero muchas otras ricas palabras del Señor contienen estipulaciones que han de ser cuidadosamente cumplidas o, de lo contrario, no obtendremos la bendición. Una parte de la búsqueda diligente de mi lector debe ser dirigida a este punto de suma importancia. Dios guardará la promesa que te ha hecho, pero a ti te corresponde asegurarte de que cumplas al pie de la letra las condiciones del compromiso. Solamente asegúrate de que la forma en que Él condiciona Su compromiso es cuidadosamente observada por ti. Solamente cuando cumplimos los requerimientos de una promesa condicional podemos esperar que la promesa sea cumplida para nosotros. Él ha dicho: “El que cree en Jesús será salvo”. Si tú crees en el Señor Jesucristo, serás salvo sin lugar a dudas, pero solamente si crees. De la misma manera, si la promesa es hecha a la oración, a la santidad, a la lectura de la palabra, a permanecer en Cristo, o a lo que sea, entrega tu corazón y tu alma a lo que ha sido mandado a fin de que la bendición pueda llegarte. En algunos casos la bendición no es realizada porque los deberes conocidos son descuidados. La promesa no puede entrar porque “el pecado está a la puerta”. Incluso una obligación desconocida puede azotarnos ya que se nos dice: “será azotado poco” y unos cuantos golpes pueden estropear grandemente nuestra felicidad. Hagamos un esfuerzo por conocer la voluntad del Señor en todas las cosas y luego obedezcámosla sin la más leve

sombra de duda. No leemos acerca de nuestra voluntad, sino del camino de la sabiduría divina: “Sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz”.

No subestimes a la gracia de la promesa porque a ella vaya unida una condición, pues, en términos generales adquiere un doble valor al ser así, ya que la condición es, en sí misma, otra bendición que el Señor ha hecho, a propósito, inseparable de lo que tú deseas, a fin de que obtengas dos misericordias cuando solamente buscas una. Recuerda, además, que la condición resulta penosa sólo a quienes no son herederos de la promesa, porque para ellos es como una espina en el vallado que los mantiene alejados del consuelo al que no tienen ningún derecho, pero para ti no debe ser ninguna causa de molestia, sino algo agradable y, por lo tanto, no es un obstáculo para tu acceso a la bendición. Aquellos requerimientos que muestran una nube negra y tinieblas para los egipcios, tienen un lado brillante para los israelitas y proyectan luz en la noche para ellos. Para nosotros el yugo del Señor es ligero, y al ponerlo encima de nosotros encontramos reposo para nuestras almas. Fijate en la manera en que ha sido expresada la promesa y cumple con todos sus preceptos a fin de que todas las cosas buenas lleguen a ti.

Si tú eres un creyente en el Señor Jesús, todas las promesas son tuyas, y entre ellas hay una que es para este mismo día del mes, y para el lugar donde acampas ahora. Por tanto, escudriña el rollo de tu Carta Magna y encuentra la porción para esta hora. De todas las promesas que el Señor ha dado en Su Libro, ha dicho: “Leed si faltó alguno de ellos; ninguno faltó con su compañera; porque su boca mandó”. Por tanto, confía y no tengas miedo. Si otras cosas fracasan, las promesas de Dios nunca lo harán. Los tesoros acumulados en este Banco están más allá de todo riesgo. “Mejor es confiar en Jehová que confiar en príncipes”. Debemos cantar ante cada recuerdo del Dios de verdad y gracia.

**“Hablen acerca de Su portentosa fidelidad
Y proclamen Su poder por doquier;
Canten la dulce promesa de Su gracia,
Y al Dios que siempre cumple.**

**Él puede enviar a mundos enteros a la muerte
Y hacerlos cuando le agrade;
Él habla y ese aliento todopoderoso
Cumple Sus grandes decretos.**

Su propia palabra de gracia es fuerte
Y construyó los cielos;
La voz que hace rodar estrellas
Habla todas las promesas”.

17. El tiempo de la Promesa

“Se acercaba el tiempo de la promesa” (Hechos 7: 17).

Thomas Brooks nos recuerda que las misericordias de Dios no son identificadas como *veloces*, sino como “las misericordias *firmes* de David”. No hay nada de premura en torno al procedimiento del Señor y a veces hasta pudiera parecer que los carros de Su gracia se demoran en venir. No es ni mucho menos una circunstancia inusual escuchar a los santos clamar: “Y tú, Jehová, ¿hasta cuándo?” Pero está escrito: “La gloria de Jehová será tu retaguardia” (Isaías 58: 8). La defensa de la retaguardia viene detrás, pero eso no significa que no venga. A veces Dios puede hacernos esperar, pero al final podremos ver que Él es sin duda el Alfa y la Omega de la salvación de Su pueblo. No hemos de desconfiar nunca de Él ‘aunque la visión tarde aún por un tiempo, porque sin duda vendrá, no tardará’ (Habacuc 2: 3).

En cierta ocasión, partió del puerto de Londres un barco al que su propietario le había puesto el nombre de “*el Raudo-seguro*”, porque tenía la esperanza de que demostraría ser un barco seguro y veloz. Ciertamente este es un nombre apropiado para la misericordia del Señor: es tanto rauda como segura. Puede ser que David no lo hubiera dicho así en el texto que cita Brooks, pero con frecuencia dijo algo equivalente e incluso algo más, en otros textos. ¿Acaso no dijo: “Cabalgó sobre un querubín, y voló; voló sobre las alas del viento”? El Señor no es tardo para escuchar los clamores de Su pueblo. Él ha establecido un tiempo para favorecer a Sion, y cuando llegue ese tiempo establecido, no habrá ninguna demora.

La fecha de su cumplimiento es una parte importante de una promesa; en verdad, forma parte de su esencia. Sería injusto demorar el pago de una deuda, y la obligación de cumplir lo que se ha prometido es de la misma naturaleza. El Señor es sumamente puntual para cumplir con Sus clementes compromisos. El Señor había amenazado con destruir al mundo con un diluvio, pero esperó todo el tiempo de prórroga hasta que Noé hubo entrado en el arca y, entonces, en aquel mismísimo día, fueron rotas todas las fuentes del grande abismo. Él había declarado que Israel saldría de Egipto, y así fue: “Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto” (Éxodo 12: 41). Según Daniel, el Señor numera los años de Su promesa y cuenta las

semanas de Su espera. En cuanto a la mayor promesa de todas, es decir, la de enviar desde los cielos a Su Hijo, el Señor no se retrasó en el envío de ese grandioso don, “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”. Más allá de toda duda, el Señor nuestro Dios, cumple Su palabra en el momento preciso.

Cuando nos encontramos necesitados, podemos urgir al Señor pidiéndole que venga rápidamente a nuestro rescate, tal como suplicó David en el Salmo setenta: “Oh, Dios, acude a libramme; apresúrate, oh Dios, a socorrerme (versículo 1). “Yo estoy afligido y menesteroso; apresúrate a mí, oh Dios. Ayuda mía y mi libertador eres tú; oh Jehová, no te detengas” (versículo 5). El Señor condesciende incluso a describirse a Sí mismo como dándose prisa para cumplir con gracia lo prometido, diciendo: “Yo Jehová, a su tiempo haré que esto sea cumplido pronto” (Isaías 60: 22). Pero no debemos orar de ese modo, como si temiésemos que el Señor no fuera capaz de cumplir o fuera a demorar la respuesta o que nos necesitara para acelerar Su diligencia. No, “el Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza” (2 Pedro 3: 9). Nuestro Dios es tardo para la ira, pero en lo que se refiere a los hechos de Su gracia, “velozmente corre su palabra” (Salmo 147: 15). Algunas veces la velocidad con que bendice a Su pueblo aventaja al tiempo y al pensamiento, como, por ejemplo, cuando cumple aquella antigua declaración: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído” (Isaías 65: 24).

Sin embargo, hay demoras en las respuestas a nuestras oraciones. De la misma manera que el labrador no recoge hoy lo que sembró ayer, tampoco nosotros obtenemos siempre de inmediato del Señor lo que buscamos de Él. La puerta de la gracia se abre en verdad, pero no lo hace al primer llamado. ¿A qué se debe esto? Es debido a que la misericordia será tanto mayor por haberse tardado en el camino. Hay tiempo para cada propósito bajo del cielo, y todo es mejor a su tiempo. El fruto madura cuando llega su estación y entre más sea acorde con la estación, será mejor. Las misericordias a destiempo sólo serían misericordias a medias, por lo tanto, el Señor las retiene hasta que hayan alcanzado su perfección. Incluso el mismo cielo será mucho mejor, porque no será nuestro hasta que esté preparado para nosotros y nosotros estemos preparados para él.

El amor es el que preside sobre los arreglos de la gracia y toca la campana cuando ha llegado el mejor momento. Dios nos bendice por medio de Sus demoras temporales, así como por Sus prontas

respuestas. No debemos dudar del Señor porque no haya llegado todavía Su tiempo; eso sería actuar como niños petulantes que se empeñan en tener algo al instante pues de lo contrario piensan que nunca lo tendrán. Un Dios que espera es el verdadero objeto de la confianza de Su pueblo que espera. “Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros” (Isaías 30: 18). Sus compasiones nunca fallan aun cuando las operaciones clementes parecieran estar suspendidas y nuestros dolores sean más profundos. Sí, es precisamente porque nos ama tanto por lo que nos pone a prueba demorando sus respuestas de paz. Con nuestro Padre celestial sucede lo que pasó con el Señor aquí en la tierra: “Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba” (Juan 11: 5, 6). El amor cierra la mano de la abundancia divina y restringe el flujo del favor, cuando ve que se obtendrá una sólida ganancia de un período de tribulación.

Tal vez el tiempo de la promesa no ha llegado todavía, porque nuestra prueba no ha cumplido todavía su propósito. La disciplina debe responder a su propósito, o de lo contrario no puede llegar a su fin. ¿Quién desearía que se sacase el oro del fuego antes de que se separara la escoria? ¡Espera, oh cosa preciosa, hasta que hayas alcanzado la máxima pureza! Estos momentos en que pasas por el horno son provechosos. Sería insensato acortar esas horas que son de oro. El tiempo de la promesa coincide con el tiempo más enriquecedor para el corazón y el alma.

Además, es posible que no hayamos mostrado aún la suficiente sumisión a la voluntad divina. La paciencia no ha tenido su obra completa. El proceso de destete no ha concluido: todavía anhelamos las comodidades que el Señor quiere que superemos para siempre. Abraham hizo un gran banquete cuando fue destetado su hijo Isaac, y es posible que lo mismo haga nuestro Padre celestial con nosotros. ¡Humíllate, corazón altivo! Deja tus ídolos; abandona tus mimos favoritos y vendrá a ti la paz prometida.

Posiblemente, también, no hayamos cumplido con un deber que se convertirá en el punto crucial de nuestra condición. El Señor volvió de nuevo la cautividad de Job cuando oró por sus amigos. Es posible que el Señor haga que seamos útiles a algún pariente o amigo antes de favorecernos con consolaciones personales; no hemos de ver el rostro de nuestro José a menos que nuestro hermano esté con nosotros. Puede ser que alguna ordenanza de la casa del Señor haya sido descuidada o que haya quedado sin hacer algún trabajo santo, y

eso podría obstaculizar la promesa. ¿Es así? “¿En tan poco tienes las consolaciones de Dios, y las palabras que con dulzura se te dicen?” Es muy posible que todavía tengamos que entregarnos al Señor y ofrecerle un notable sacrificio, y entonces Él se acordará de Su pacto. Él no ha de tener que quejarse: “No compraste para mí caña aromática por dinero”. Aceptemos más bien Su reto: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3: 10).

Las promesas de Dios están fechadas de tal manera que aseguran Su gloria en su cumplimiento, y esto debe bastar para nosotros cuando no podamos ver ninguna otra razón para la demora. Podría ser necesario que seamos llevados a ser más conscientes de nuestra necesidad y del gran valor de las bendiciones que ansiamos con vehemencia. Lo que viene con presteza podría ser valorado con ligereza. Es posible que nuestros espíritus ingratos necesiten aprender a ser agradecidos por medio de la educación de la espera. Podríamos no cantar potentemente si no suspiráramos profundamente. La carencia y la espera nos conducen a jadear y a suplicar, y a su debido tiempo eso nos conduce a gozarnos y a regocijarnos.

Si nosotros conociéramos todas las cosas de la manera que las conoce Dios, le bendeciríamos con todo nuestro corazón por mantenernos bajo Su vara de la corrección y por no librarnos de ella a causa de nuestros lamentos. Si pudiéramos conocer el fin así como también el principio, alabaríamos al Señor por las puertas cerradas, por los ceños fruncidos y por las peticiones sin respuesta. Sin duda alguna, si supiésemos que los grandes propósitos del Señor serían cumplidos cuando continuamos sin los placeres que deseamos, y soportando los males que tememos, clamariamos en voz alta pidiéndole que nos dejase en nuestra pobreza y que nos encerrase en nuestro dolor. Si podemos glorificar a Dios al sernos negado lo que buscamos, deseamos que se nos niegue. La más grande de nuestras oraciones y el resumen de todas las demás es ésta: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú”.

18. La posesión de las promesas por medio del Espíritu

“El Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Efesios 1: 13, 14).

En un sentido muy verdadero y real las cosas que han sido prometidas en el pacto son ya propiedad de los creyentes. “Todo es vuestro”. El grandioso Padre podría decir en verdad a cada uno de los hijos que moran en Su casa: “Todas mis cosas son tuyas”. La herencia ya es nuestra, dicen los antiguos teólogos, *in promisso, in pretio, in principiis*; es decir, en la *promesa* de Dios, en el *precio* pagado por nuestro Señor Jesucristo y en sus *primeros principios* que son infundidos en nosotros por el Espíritu Santo. En Su promesa segura, el Padre ya nos “bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. No sólo ha resuelto enriquecernos en el futuro, sino que incluso ahora nos ha donado los tesoros de Su amor. El Señor Jesucristo no nos ha hecho meramente herederos de una infinita propiedad en las edades venideras, sino que nos ha llevado al goce inmediato de una porción presente, como dice la Escritura: “En él asimismo tuvimos herencia”.

El Espíritu Santo es, en muchos sentidos, el medio por el cual la promesa de la herencia se convierte en algo nuestro incluso ahora. *Por Él somos “sellados”*. Sabemos con toda seguridad que la herencia es nuestra, y que nosotros mismos pertenecemos al grandioso Heredero de todas las cosas. Las operaciones del Espíritu Santo sobre nosotros en nuestra regeneración y Su permanencia en nosotros por la santificación, son certificados de que estamos en la gracia y de que somos herederos de la gloria. Fuera de todos los otros testimonios de que somos salvos, tenemos esta cierta y segura evidencia, es decir, que el Espíritu del Dios vivo descansa en nosotros. El arrepentimiento, la fe, la vida espiritual, los deseos santos, el suspirar hacia lo alto e incluso “los gemidos indecibles”, son pruebas de que el Espíritu Santo está obrando en nosotros y obrando de una manera peculiar para los herederos de la salvación. La vida infundida por el Espíritu Santo es el gran sello del reino de Dios en nuestras almas. No necesitamos sueños, ni visiones, ni voces místicas, ni de sentimientos extasiados, puesto que la vivificación y la renovación del Espíritu Santo son mejores sellos que los anteriores. El Espíritu de la promesa no prepara a los hombres para

recibir una bendición que nunca ha de ser de ellos. El que nos ha hecho exactamente para eso asegurará esa bendición que ha preparado para nosotros. La más leve impresión del sello del Espíritu es el mejor testimonio de nuestra parte y porción con el pueblo de Dios, más que todas las inferencias presuntuosas que el orgullo pueda extraer de sus acaloradas fantasías.

Pero el Espíritu Santo no es solamente el sello de la herencia sino que *es las arras de ella*. Las arras son una parte de la cosa misma, dadas como la garantía del resto que habrá de entregarse en el momento establecido. Si un hombre recibe una parte de la paga de sus seis días de trabajo a mitad de la semana, es un dinero de garantía. En esto las arras son diferentes a una prenda, porque la prenda es devuelta cuando recibimos lo que ha sido garantizado, pero las arras no son devueltas, porque son una parte de lo que se ha prometido. De igual manera, el Espíritu Santo es, Él mismo, una gran porción de la herencia de los santos; y al tenerlo a Él tenemos el comienzo de la perfección, del cielo y de la gloria eterna. Él es la vida eterna, y sus dones, gracias y obras son los primeros principios de la sempiterna felicidad. Al tener al Espíritu Santo tenemos el reino que le agrada al Padre dar a Sus escogidos.

Esto lo veremos con toda claridad si reflexionamos unos momentos. El cielo consistirá en gran medida en la santidad, y está claro que en tanto que el Espíritu Santo nos hace santos aquí, ha implantado los comienzos del cielo. El cielo es victoria; y cada vez que vencemos al pecado, a Satanás, al mundo y a la carne, tenemos pruebas anticipadas de un triunfo inmarcesible que hará que las palmas ondeen en la Nueva Jerusalén. El cielo es un día de reposo sin fin y, ¿cómo podemos nosotros tener mejores pruebas de lo que es el perfecto reposo si no es por el gozo y la paz que son derramados con abundancia en nosotros por el Espíritu Santo? La comunión con Dios es un ingrediente principal en la bienaventuranza de los glorificados; y aquí abajo, por el Espíritu de Dios, somos habilitados para deleitarnos en el Señor y gozarnos en el Dios de nuestra salvación. La comunión con el Señor Jesús, en todos sus designios y propósitos llenos de gracia, y en la semejanza a Él en el amor a Dios y al hombre, son también constituyentes principales de nuestra condición perfeccionada delante del trono, y estas cosas las está obrando en nosotros el Espíritu de santidad día tras día. Ser puros de corazón para poder ver a Dios; ser confirmados en el carácter para ser establecidos en la justicia, ser fuertes en el bien para vencer el mal, y ser limpiados del ego para poder encontrarlo todo en Dios; ¿no están estas cosas, cuando son llevadas a la plenitud, entre las

bendiciones centrales de la visión beatífica? ¿No nos son ya otorgadas por el Espíritu de gloria y de poder que incluso ahora mora en nosotros? Así es. En el Espíritu Santo tenemos aquellas cosas que buscamos. En Él la flor del cielo nos llega en un capullo y el amanecer del día de la gloria nos ha sonreído.

Entonces, no somos extraños a las bendiciones prometidas, como la conversación común inventa que somos. Muchos repiten, como loros, la palabra: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2: 9). Pero se olvidan de agregar las palabras que siguen en la misma Escritura: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu”. ¡Qué crueldad es partir por medio al niño vivo de la Escritura! El Espíritu Santo nos ha revelado lo que ni ojo ni oído han percibido; ha descornado las cortinas y nos ha pedido que contemplemos los secretos ocultos desde los siglos y edades. He aquí, en la vida de Dios dentro de tu alma, está la vida eterna que ha sido prometida a todos los que aman a Dios. La vida de gloria es solamente la continuación de la vida de la gracia. He aquí, en la reconciliación por medio de la sangre expiatoria, está esa paz celestial que es el cimiento del eterno reposo. Veán, en el amor de Dios derramado abundantemente en el alma creyente, hay una prueba anticipada de la fragancia de la felicidad. En la seguridad inmovible y en la santa serenidad de la plena certidumbre hay un anticipo del infinito reposo del Paraíso. Cuando nuestros gozos internos se expanden a lo alto y estallan en una canción, entonces oímos preludios de los aleluyas celestiales. ¡Si quisiéramos conocer los racimos de Canaán, he aquí, son traídos a nosotros por esas emociones y anticipaciones que, bajo la guía del Espíritu, han ido, como espías, a la buena tierra y nos ha traído de allá sus frutos más escogidos!

No es solamente que *habremos de recibir* una herencia, sino que YA LA TENEMOS. Al tener al Espíritu Santo, recibimos la posesión de la tierra que fluye leche y miel. “Pero los que hemos creído entramos en el reposo” (Hebreos 4: 3). “Os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles” (Hebreos 12: 22).

¿Qué queda para estas personas, que han sido hechas partícipes de la herencia divina en el Hijo de Dios, sino que caminen como es digno de su excelso, santo y celestial llamamiento? “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3: 1).

19. Jesús y las promesas

“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Corintios 1: 20).

Jesús, nuestro Señor, permanece para siempre vinculado con el camino de la promesa. De hecho, Él es “el camino, la verdad y la vida”. Nadie viene al Fiel Prometedor excepto por medio de Jesucristo. No podríamos concluir este librito sin un breve capítulo sobre ÉL. Nuestra esperanza es que el lector no intentará obtener ningún consuelo de alguna palabra que hayamos escrito, ni siquiera de la propia Palabra de Dios, a menos que lo reciba por medio de Jesucristo. Aparte de Él, la Escritura no contiene nada de lo que pudiera vivir el hombre. Ésta es, en realidad, la gran falla de muchos: escudriñan las Escrituras pues les parece que en ellas encontrarán la vida eterna, pero no quieren a venir a Cristo para tener esa vida. No seamos nosotros necios como esas personas. Vengamos a Jesús día tras día, sabiendo que le agradó al Padre que en Él habite toda la plenitud. Solamente conforme le conocemos a Él conocemos la luz, la vida y la libertad de los herederos de la promesa; y en el momento en que nos alejamos de Él, ciertamente transitamos hacia la esclavitud. ¡Que nos conceda la gracia para que permanezcamos en Él, a fin de que podamos poseer todas las cosas buenas del pacto hecho con nosotros en Él!

Jesús es la Puerta de las promesas. Por medio de Él, Dios puede establecer clementes compromisos con los hombres culpables. No fue hasta que “la simiente de la mujer” fue nombrada como Mediador entre Dios y el hombre, que los mensajes de consuelo pudieron ser enviados a una raza ofensora. Dios no tuvo palabra alguna para los pecadores hasta que la Palabra de Dios asumió ser hecha carne para habitar entre nosotros. Dios no podía comunicar Su mente de amor a los hombres, excepto a través de Jesús, la Palabra. De la misma manera que Dios no podía venir a nosotros aparte del Mensajero del pacto, tampoco nosotros podíamos acercarnos a Él, excepto a través del Mediador. Nuestros temores nos alejan del Santo hasta que vemos en el Hijo de Dios a un Hermano lleno de tierna simpatía. La gloria de la divina Trinidad nos sobrecoge hasta que vemos el más benigno resplandor del Dios Encarnado. Venimos a Dios por medio de la humanidad de Su Hijo y especialmente por medio de esa humanidad que sufrió y murió por nosotros.

Jesús es la Suma de todas las promesas. Cuando Dios prometió que Su Hijo sería nuestro, nos dio en Él todas las cosas necesarias para nuestra salvación. Toda buena dádiva y todo don perfecto se encuentran en la persona, oficios, y en la obra de nuestro Redentor. Todas las promesas se encuentran “en Él”. Si fueras a sumarlas o a hacer un extenso catálogo de todas las bendiciones que nos garantizan, podrías ahorrarte las molestias, y estar contento con saber que éste es el gran total: Dios nos ha dado a Su Hijo Jesús. De la misma manera que todas las estrellas están en el cielo y todas las olas están en el mar, así están todas las bendiciones del pacto en Cristo. No podemos pensar en ninguna bendición real fuera de nuestro Señor: Él es todo en todo. Todas las perlas deben ir ensartadas en este collar, y en este cofre se encuentran todas las joyas.

Jesús es la Garantía de las promesas. El que no escatimó a Su propio Hijo, ni le negará nada a Su pueblo. Si Él hubiese tenido la intención de echarse atrás, lo habría hecho antes de hacer el infinito sacrificio de Su Hijo unigénito. Nunca puede haber una sospecha de que el Señor revocará alguna de las promesas, puesto que ya ha cumplido la mayor y la más costosa de todas ellas. “¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Jesús es el Confirmador de las promesas. “Son en él Sí y en él Amén”. El hecho de que asumiera nuestra naturaleza, que se convirtiera en nuestra Cabeza federal y que cumpliera todas las estipulaciones del pacto, ha hecho que todos los artículos del pacto divino sean firmes y perdurables. Ahora, no solamente es amable sino que es justo que Dios guarde Sus promesas a los hombres. Puesto que Jesús ha entregado, en favor del hombre, una plena recompensa a la honra divina afrentada por el pecado, la justicia de Dios se une con Su amor para que se cumpla cada una de las palabras de la promesa. De la misma manera que el arcoíris nos garantiza que el mundo no volverá nunca más a ser destruido por un diluvio, así Jesús es nuestra garantía de que las inundaciones del pecado humano nunca podrán ahogar la fiel misericordia del Señor.

Él ha engrandecido la ley y la ha hecho honorable, y debe ser recompensado por la aflicción de Su alma y, por lo tanto, todas las cosas buenas se han de dar a aquéllos por quienes murió. Sería un desquiciamiento y una dislocación de todas las cosas si las promesas no fueran ya de ningún efecto después de que nuestro Señor ha hecho todo lo que se requería para garantizarlas. Si nosotros

realmente somos uno con el Señor Jesucristo, las promesas son tan seguras para nosotros como es el amor de Su Padre para Él.

Jesús es el Recordador de las promesas. Él intercede con Dios en favor nuestro, y Su argumento es la promesa divina. “Habiendo orado por los transgresores”. Nosotros le pedimos al Señor las cosas buenas que ha prometido y para que nuestra súplica se pueda realizar bajo las circunstancias más favorables, he aquí, el propio Señor Jesús se convierte en Intercesor nuestro. Por amor de Sion no calla, sino que día y noche se acuerda del pacto eterno y de la sangre mediante la cual el pacto fue sellado y ratificado. Detrás de cada una de las promesas está el Sumo Sacerdote de nuestra profesión, que vive, intercede y prevalece. *Nosotros* podríamos olvidar la fiel promesa, pero Él no. Él presentará el incienso de Su mérito y los compromisos de Dios en favor nuestro, en aquel lugar detrás del velo donde ejerce una intercesión omnipotente.

Jesús es el Cumplidor de las promesas. Su primer Advenimiento nos trajo la mayor parte de las bendiciones que el Señor había ordenado por anticipado para los Suyos, y Su segundo Advenimiento habrá de traernos el resto. Nuestras riquezas espirituales están vinculadas a Su persona, siempre adorable. Porque Él vive, nosotros también vivimos; porque Él reina, nosotros también reinamos; porque Él es acepto, nosotros también somos aceptos. Pronto, en Su manifestación, seremos manifestados nosotros; en Su triunfo, triunfaremos también nosotros; en Su gloria, nosotros seremos glorificados. Él mismo es el Alfa y la Omega de las promesas de Dios: en Él encontramos la vida cuando éramos pecadores, y en Él encontraremos la gloria como santos. Si Él no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe; si no viniera una segunda vez, nuestra esperanza sería un engaño; pero, puesto que ha resucitado de los muertos, somos justificados; puesto que Él vendrá en la gloria del Padre, también nosotros seremos glorificados.

LECTOR, ¿QUÉ TIENES TÚ QUE VER CON CRISTO?

Todo dependerá de tu respuesta a esta pregunta. ¿Descansas únicamente en ÉL? Entonces el Señor ha prometido bendecirte y hacerte bien, y Él te sorprenderá con la asombrosa manera en que lo hará para ti. *Nada es demasiado bueno para que el Padre no se lo pueda dar a quien se deleita en Su Hijo Jesús.*

Por otro lado, ¿estás confiando en tus propias obras, en tus sentimientos, en tus oraciones y en las ceremonias? Entonces tú eres

de las obras de la ley, y estás bajo la maldición. Fíjate en lo que dijimos de la simiente de Agar, la esclava, y adivina cuál será tu porción. ¡Oh, que abandonarás la casa de servidumbre y huyeras al hogar de la gracia inmerecida y te convirtieras en uno al que Dios habrá de bendecir!

¡CONFORME A SU PROMESA!

¡Que Dios te conceda este grandioso favor por nuestro Señor Jesucristo! Amén.

Fin